



WALLACE BEERY  
JACKIE COOPER

PROPAGANDA

# Sangre de circo



ediciones bistagne



SANGRE DE CIRCO



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

## Sangre de circo

Emocionante asunto de la vida en un circo

Dirección de  
RICHARD BOLESLAWSKI

Es un film de la famosa firma  
**Metro-Goldwyn-Mayer**

Distribuido por  
**Metro-Goldwyn-Mayer**  
Ibérica, S. A.  
Mallorca, 201 y 203 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne  
18 Marzo 1936

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

### EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

GRAFICA MINERVA - Rosellón, 207 - Teléfono 79566 - BARCELONA



PRINCIPALES INTERPRETES:

**WALLACE BEERY**  
**JACKIE COOPER**

# Sangre de circo

Argumento de la película

## CAPITULO I

Miguel O'Shaughanessy, alias Windy, no era solamente "el mejor domador del mundo", como rezaban los carteles anunciadores, sino también el más amante, el más tierno y el más bondadoso de los padres. Aquel hombre grueso, alto, hercúleo, de facciones bastas y gestos ordinarios, ocultaba bajo su rudeza aparente un corazón sensible y apasionado, un corazón que se había consagrado enteramente a la adoración del bebé rubio y sonrosado que Dios había querido concederle para compensarle de la triste soledad en que se consumía su alma ávida de cariño. Las rudas manazas de Windy, acostumbradas a manejar el látigo de domador con sin igual destreza, tenían suavidades de terciopelo cuando acariciaban la delicada carita del pequeño "Stubby", su hijo querido.

Aquella noche, Hastings, el dueño del circo en el que actuaba Windy, se frotaba las manos de gusto. El público había afluído al circo en tal cantidad, que media hora antes de empezar el espectáculo ya se había agotado el taquilla. Y es que el famoso Windy, conocido de un extremo a otro de América como el mejor domador del mundo, había actuado aquella temporada mejor que nunca, y al conjuro de su nombre acudía a diario un número cada vez más crecido de espectadores, ávidos de presenciar la actuación del domador famoso. Windy había realizado el prodigio de hacer trabajar juntos leones y tigres, empresa difícilísima, casi imposible, y estaba preparando un número sensacional, llamado a ser la maravilla del siglo.

Mientras el público aplaudía a los



trapevistas, Windy, que ya había terminado su brillante actuación, se dedicaba, en compañía del pequeño Stubby, a la ardua tarea de domar... un inofensivo cachorro de tigre de un tamaño no mucho mayor que el de un gato. La fiera, refugiada en un rincón de la jaula, se negaba obstinadamente a pasar el aro que el chiquitín le ponía ante las narices, empeñado en que lo saltara como los tigres de verdad, aquellos tigres que su padre manejaba como perritos falderos, al mismo tiempo que repetía las palabras de ritual, que tantas veces había oído en boca de su padre:

—Salta, Leo, salta, vamos, salta...

Pero Leo no saltaba. Lejos de obedecer, se había tendido indolentemente y miraba al niño con una mirada de fría indiferencia. Stubby, cansado de insistir inútilmente, se volvió hacia su padre para decirle, con expresión compungida:

—No quiere saltar, no quiere hacer nada. Es muy malo...

—No le hagas caso, Stubby, tú eres el mejor domador del mundo y tarde o temprano habrá de obedecerte. Es muy obstinado. Su padre era lo mismo...

—Papaíto, hazlo saltar tú...—insinuó el niño alargándole el aro.

—No, hijo, no. ¿Cómo quieres ser un buen domador si yo tengo que hacer tu trabajo?

Stubby se resignó. Echó mano de un

látigo y acercándose al cachorro en actitud amenazadora, empezó a gritar:

—Salta de una vez, Leo, salta o...

Pero antes de que hubiese podido descargar el látigo sobre el infeliz animal, ya su padre había acudido a detenerlo, y arrodillándose junto al pequeño, le dijo, con aquel acento dulce y persuasivo que empleaba siempre con su hijo:

—Stubby, ¿no te he dicho siempre que debes evitar usar procedimientos violentos si quieres atraerte a las fieras? No pegues nunca a un animal antes de haber intentado por tres veces hacerle obedecer si quieres llegar a domarlo.

El niño miró a su padre con sus grandes ojos ingenuos.

—¿Entonces tengo que ser bueno con él, muy bueno? ¿Tengo que decirle palabras bonitas?

—Eso es, Stubby. Anda, prueba otra vez y verás cómo te obedece.

El chiquillo se volvió al obstinado cachorro y con voz cariñosa empezó a suplicarle:

—Anda, *gatito*, anda, salta, salta, *gatito*, se bueno... no me hagas enfadar, Leo, salta si no quieres que te pegue... salta...

Pero el "gatito" no quería ser bueno o tal vez su pereza era superior a su voluntad de satisfacer los deseos de su pequeño dueño. Sólo después de mucho rato de súplicas, cada vez más tier-

nas y apremiantes por parte del niño, se resignó a saltar con gran desgana y sin poner arte alguno en ello. No obstante, aquel acto de sumisión y obediencia fué suficiente para levantar el entusiasmo de Stubby, quien, loco de alegría, se echó en brazos de su padre. En aquel momento un aplauso cerrado seguido de exclamaciones de entusiasmo llegó a sus oídos. Padre e hijo se miraron gozosos.

—Tu madre ha terminado su número. ¿Oyes esos aplausos? Todos, todos son para ella. Es la primera trapevista del mundo...

Cora, la mujer de Windy, era, ciertamente, una buena trapevista, pero no eran los múltiples y arriesgados ejercicios que ejecutaba junto con sus compañeros de número lo único que atraía la mirada ávida y codiciosa del público. Cora poseía otra cualidad que tenía la virtud de despertar la envidia de las mujeres y el entusiasmo de los hombres. Tenía el cuerpo más armonioso y más perfecto que haya podido codiciar jamás mujer alguna. "La Venus con brazos" la llamaban sus compañeros de circo, y en verdad que merecía este título. La elasticidad de sus miembros, la agilidad y ligereza adquiridas en tantos años de ejercicio, habían contribuido a perfeccionar la obra de la naturaleza, haciendo de ella una figura perfecta y maravillosa, cuya contemplación despertaba en algunos espíritus pu-

ros y artísticos este sentimiento inefable que inspira siempre la visión de una obra de arte. Desgraciadamente, el número de estos "espíritus puros" era muy reducido. Para la mayoría de los hombres que constituían el público del espectáculo de circo, y aun entre sus compañeros de trabajo, el cuerpo de Cora estaba muy lejos de constituir solamente un espectáculo bello como el de una estatua. Y es que aquella estatua tenía vida y movimiento y estaba rematada por un rostro bellísimo y unos ojos negros e inmensos que parecían consumirse en una fiebre extraña. Windy no podía quejarse. Era el único dueño y señor de aquella belleza circense por la cual habría perdido gustosamente la cabeza más de uno de aquellos hombres que, cuando ella trabajaba en el trapezio, seguían ávidamente sus menores movimientos con la mirada turbia y la respiración anhelante. No obstante, en su fuero interno, Windy habría deseado tal vez que su mujer fuese un poco menos hermosa y un poco más cariñosa y comprensiva.

Cora descendió del trapezio después de haber hecho una exhibición magnífica. El público aplaudió entusiasmado, pero ella, en lugar de saludar, se cubrió rápidamente con la capa que uno de sus compañeros de trabajo había colocado sobre sus hombros y se apresuró a salir de la pista. En su ca-



mino, que casi parecía una huída, la detuvo Hastings, el propietario del circo, quien le dijo airadamente:

—¿Qué es eso, Cora? ¿Esquivando los aplausos? ¿Por qué no has saludado ni una sola vez? ¿No comprendes que es a ti a quien el público aplaude?

Cora le miró despreciativa.

—¿A mí?—dijo, con acento de rabia reconcentrado—. ¡No es a mí, es a mi cuerpo al que aplauden! ¡Siempre mi cuerpo! ¡Oh! ¡Les odio a todos, a todos! No quiero salir de nuevo a saludar. No quiero ver de nuevo sus miradas fijas en mí... Déjeme pasar, Hastings...

Corrió en dirección a su tienda, pasó junto a la jaula en donde su marido y su hijo seguían obstinados en "domar" el inofensivo cachorro, y se volvió airada hacia Windy.

—¿Qué estás haciendo con el niño?—preguntó.

Su marido la miró con socarronería. De un tiempo a esta parte su mujer venía sufriendo de un mal extraño. Frecuentes crisis de nervios, lágrimas, raptos de mal humor, estallidos de mal genio... Aquel mal que sufría Cora era conocido por la ciencia médica con el nombre de histerismo, y así se lo había dicho a Windy el último doctor que la había visitado. Pero Windy, que no podía recordar aquel nombre tan enrevesado, sabía que la culpa de todo,

la culpa de las lágrimas y los nervios y los malhumores de su mujer la tenía aquella hermana de ella, aquella Marta, en quien habían encarnado todos los vicios y las virtudes de una casta de puritanos recta e inflexible, que odiaba todo lo que no fuese austero, ordenado, rectilíneo, que se pasaba la vida haciendo sermones de cuaresma y había venido a amargarle la vida al "mejor domador del mundo", que, a pesar de eso, no se veía con fuerzas para domar a su temible cuñada. Desde que Marta había ido a vivir con ellos la tranquilidad había terminado para el matrimonio. Su odio hacia el cuñado, en quien veía ella la encarnación de todos los vicios y todas las depravaciones, se había evidenciado desde el primer momento, fuerte, impetuoso, arrollador, quebrantando la débil voluntad de Cora y desafiando la de Windy, que, no obstante, iba perdiendo terreno cada día, incapaz de luchar contra aquel temible enemigo acorazado tras una muralla de pureza, austeridad y rectitud inquebrantables.

La pregunta le pareció a Windy tan inocente que no pudo menos de sonreírse. Un ciego habría visto que él y su hijo estaban jugando.

—Estamos domando al cachorro. Le estoy enseñando a Stubby la manera de conducirse para llegar a...

Pero no pudo terminar. Su mujer

había cogido al niño por el brazo y mostraba su propósito decidido de llevarse.

—¿Pero qué te pasa, Cora? ¿Qué te sucede? ¿Estás nerviosa?

Cora, en lugar de contestar, se limitó a encogerse de hombros y a alejarse con el niño, quien, antes de desaparecer tras las lonas de la tienda, le echó a su padre una mirada tierna y compasiva. Un momento después llegaba Hastings enfurruñado.

—Oye, Windy, ¿qué es lo que le sucede a tu mujer? Hoy a vuelto a salir disparada de la pista sin inclinarse ni una sola vez para saludar. El público la está reclamando con insistencia. ¿Qué es lo que se propone? ¿Que el público se enoje con ella y le vuelva la espalda? Se merecería un pateo por orgullosa. Le ha dado por decir que el público no viene a verla por su trabajo sino por su cuerpo y...

—Está bien, está bien, Hastings. No te enfades. Tienes toda la razón, pero yo no puedo hacer nada. Es culpa de esta enfermedad que me dijo el doctor que padecía y que suena algo así como hipnotismo, aunque aquí, entre nosotros, yo no creo que mi mujer está enferma. Quien está enferma, y de cuidado, es su hermana Marta, que tiene la culpa de todo lo que le sucede. Desde que está aquí no cesa de hacer sermones, metiéndole en la cabeza todas esas ideas. Cora es la mujer más

buena del mundo, pero su hermana es las siete plagas de Egipto encarnadas en una sola mujer.

—Pero entonces ¿por qué no la mandas a paseo de una vez y para siempre? ¿Quién te impide echarla de tu casa?

—No puedo hacerlo, Hastings. Es una mujer y además es la hermana de Cora.

—¿Cuánto tiempo piensa permanecer entre vosotros?

—No lo sé. Puede que se vaya dentro tres o cuatro días y puede que se quede un par de meses. No tienes idea de lo insoportable que resulta estar oyendo a todas horas sermones y llenando la cabeza de mi mujer de ideas tontas...

—¿Te interesaría librarte de ella esta noche? Tengo un plan magnífico. Una fiesta en la Taberna Negra. ¿Hace o no hace?

—No hace, Hastings. Ya sabes que luego empiezo a beber, me alegro más de la cuenta y Cora se enoja conmigo. Ahora, teniendo a Marta, sería capaz de pedir el divorcio si me veía volver borracho. No, no me tientes...

—Pero es que se trata de firmar el nuevo contrato y de paso celebrarlo con unos tragos. Te prometo sacarte de la taberna antes de que empieces a emborracharte.

Mientras hablaban, Windy había cogido el cachorro y se lo había llevado



a su pequeña jaula. Se detuvo unos instantes para escuchar los *atinados* razonamientos de su amigo y empresario, y cuando llegaron junto a la tienda que les servía de hogar trashumante, la férrea voluntad del domador se había debilitado tanto, tanto, que ya había decidido asistir a la fiesta, pero sólo y exclusivamente para firmar el contrato. Antes de la tercera copa ya estaría fuera de la taberna. En el momento de entrar en la tienda hizo un guiño expresivo a su diablo tentador y empezó a decirle en voz alta:

—Bien, Dan, si insistes en obsequiarme con esta pequeña fiesta ha de ser con la condición de que Cora y Marta accedan a venir conmigo. Si no, no cuentas con mi persona... Trataré de convencerlas y antes de media hora te daré una respuesta. Abur y hasta pronto.

Entró resueltamente en la tienda, seguro de que sus palabras habían sido oídas por las dos mujeres, y seguro también de que se apresurarían a rechazar la invitación que les hiciera. Su cuñada habría sido capaz de dejarse matar antes de poner sus pies en aquel antro.

—¡Hola, Marta! —saludó finamente tratando de atraerse a la fiera a fuerza de amabilidad y mansedumbre.

—¡Hola! —repuso ésta secamente.

Se volvió hacia su mujer.

—¿Dónde está el niño?

Esta, por toda respuesta, le señaló la camita del nene, entre cuyas sábanas bien arropadito se hallaba el pequeño.

—¿Por qué lo pusiste tan pronto en la cama?

—No hables tan alto, que está durmiendo...

Pero ya la sonrosada carita de Stubby asomaba por encima del embozo de la sábana para dar un mentís a las afirmaciones de su madre.

—No estoy dormido—protestó enérgicamente, sentándose en la cama.

Windy corrió hacia él, se sentó a su lado, lo besó tiernamente. ¡Ya sabía él que el peque no podía dormirse sin haber oído el cuento de todas las noches, aquel cuento tan prodigioso que le contaba su padre y que luego se mezclaba en sus sueños haciéndole vivir en un mundo maravilloso de fantasía!

—El niño ya debería estar durmiendo hace más de tres horas. A su edad debería ser llevado a la cama a las seis...

—¿Pero qué más da si al día siguiente puede dormir hasta muy tarde? El niño, lo único que necesita, es dormir muchas horas.

Marta no se dignó contestar. No descendía nunca a discutir con *aquel* hombre. Sentía hacia él una aversión profunda e irreprimible, un asco casi físico, que no se cuidaba de disimular. No habiendo intentado jamás acercarse a él para tratar de comprenderlo y

conocerlo íntimamente, era incapaz de descubrir el fondo de inmensa bondad y de ternura que se ocultaba en el alma de aquel hombre de apariencia ruda y actitudes brutales algunas veces.

Windy miró arrobado a aquel pequeño ser sangre de su sangre que correspondía con creces a su cariño apasionado. Podían seguir hostilizándolo aquellas dos mujeres, una de las cuales, en un tiempo no muy lejano, había sido una esposa cariñosa y comprensiva si no enamorada y que ahora se revolvía contra él como una enemiga bajo la influencia perniciosa de su hermana. Mientras los ojos oscuros y expresivos del pequeño le mirasen con la expresión de cariño inefable con que le miraban en aquel momento, mientras su cabecita rubia se apoyase confiadamente en su fuerte pecho, mientras sus manecitas suaves y gordezuelas acariciasen las facciones ordinarias de su padre, que al sentir su contacto se transfiguraban y adquirían una expresión de dulzura infinita, Windy se consideraría el más dichoso de los mortales, un rey, un semidiós, y se sentiría capaz de desafiar las iras de su mujer, las de su cuñada y todas las *demás fieras* del circo que él domaba con mucha más facilidad que otros amaestraban un perro faldero.

Empezó el cuento que Stubby oía atentamente sentado en su camita y juntando de vez en cuando sus mejillas

sonrosadas con las de su padre. Hacía tres noches seguidas que venía explicando el mismo cuento y todavía no había terminado. Es que Windy, arrebatado por su volcánica imaginación, se había metido en los mares de la China y allí se había quedado a merced de los tifones que se sucedían unos a otros sin dejarle llegar a puerto seguro.

Cora y Marta, sentadas en un rincón de la tienda escuchaban, la primera dando señales cada vez más evidentes de impaciencia, la segunda tejendo un jersey de lana, que sin duda alguna *no era* para su cuñado. Marta se volvió de pronto hacia su hermana y hablándole en voz muy baja, de manera que Windy no pudiera oírla, inquirió:

—¿Vas a permitirle ir a esta fiesta a la que pretende hipócritamente invitarnos?

Cora se encogió de hombros.

—Que haga lo que quiera —repuso con entonación indiferente—. No me importa lo más mínimo...

Entretanto, Windy seguía luchando imaginariamente con toda clase de tifones.

—La tormenta era espantosa. Llovía torrencialmente, mientras que en el mar se levantaban unas olas así de grandes que cubrían enteramente el barco pasándole por encima. Yo permanecía a cubierta vigilando las jaulas de los



tigres que había cazado últimamente y no quería que el mar se las llevase. Al fin naufragamos y yo pude salvarme en una balsa hecha de cocos, con la cual me mantuve a flote junto con un león y un tigre, que habían logrado salir de la jaula... No teníamos nada que comer, porque si echábamos mano de los cocos nos íbamos a pique, y, por otra parte, si no comíamos los cocos nos moríamos de hambre...

Se detuvo. Acababa de recordar la invitación de Hastings y creía llegado el momento de insinuar algo...

—Por cierto que Hastings me ha invitado esta noche a una pequeña fiesta en mi honor, para celebrar la firma del nuevo contrato. Yo le he dicho que si vosotras no queréis ir no hay nada a hacer...

La voz de Marta, dura y autoritaria, se dejó oír una vez más para decirle en tono que no admitía réplica:

—Habías dicho que no volverías a firmar ningún contrato.

Windy hizo un gesto de impaciencia.

—Pero vamos a ver, Marta. ¿Qué tiene de malo el circo? He ganado mucho dinero en él y he conseguido hacerme célebre en toda América. Ahora, en ese nuevo contrato, Hastings me concede incluso un tanto por ciento de las ganancias. ¿Qué podría yo hacer fuera del circo? En él me he criado, en él he vivido siempre...

Marta se volvió hacia su hermana.

—Cora, ¿vas a permitirle que firme este contrato? ¿Vas a permitir que las cosas sigan como hasta ahora? El sabe que el circo te repugna...

La atormentada Cora hizo un gesto de impotencia.

—¿Y qué puedo yo hacer?—exclamó echándose a llorar histéricamente. —¿Qué puedo yo hacer? Si no fuese por el niño ya me habría suicidado.

Los ojos de Windy miraron a su mujer con expresión de vivísimo reproche. ¿Qué había hecho él—aparte de cometer algunos pecadillos veniales—para merecer aquellas palabras? ¿Es que Cora estaba trastornada? ¿Es que aquella enfermedad que padecía la estaba volviendo loca sin que ella se diera cuenta? No, no era la enfermedad, sino aquella arpía, aquella mujer odiosa que se pasaba todas las horas del día atormentándola, acorralándola, atosigándola, envolviéndola en una atmósfera insoportable de suspicacias y recelos, la que tenía la culpa de todo lo que estaba sucediendo entre el matrimonio. Y la infeliz Cora, con su temperamento sensible y nervioso, con su innata propensión al histerismo, era un terreno abonado para aquella semilla. La influencia maléfica de la insoportable puritana acabaría por hacerle cometer un disparate. Windy sentía en aquel momento un deseo casi irrepresible de coger a Marta en sus vigo-

rosos brazos y meterla en la jaula de los leones para que dieran pronto cuenta de ella; pero mirando aquel cuerpo enteco y huesudo no pudo menos de decirse interiormente que no resultaría un manjar demasiado succulento para sus fieras, y aquel pensamiento hizo asomar una sonrisa a sus labios.

—No debes decir eso, Cora—dijo al fin, tratando de mostrarse tranquilo—. No debes decir esas cosas delante de Stubby.

—Se llama José—repuso Marta—. Y tal vez será mejor que sepa ahora lo que estás haciendo con su madre.

—No sé, en verdad, qué cosa monstruosa estoy haciendo con su madre, pero, sea lo que sea, ¿no te parece que el niño es demasiado pequeño para presenciar esas escenas y oír estas palabras?

—Si a ti te importase un poco el porvenir del pequeño permitirías que su madre se lo llevase consigo y fueran ambos a vivir lejos de ti, lejos de este ambiente de circo, como personas respetables.

—¡Ah!, ¿eso es lo que quieres, verdad? Separarme de mi hijo. Desde que nos casamos has estado metiendo cizaña entre mi mujer y yo... y mira tu obra—dijo Windy furioso señalando a su mujer que estaba llorando histéricamente—, contempla lo que has hecho de Cora. Has destrozado sus nervios hasta un punto que no sabe ha-

cer otra cosa que llorar y lamentarse y odiar todo lo que antes le era querido: su profesión, su marido... ¿Qué es lo que he sido yo para mi mujer, vamos a ver? ¿Un verdugo? ¿Un tirano?

—¡No, claro! ¡Si eres el mejor de los hombres! No te emborrachas nunca, no la has traicionado nunca con una de esas infelices partiquinas del circo, que después de una fiesta como esa a la que pretendes ir esta noche, se convierte en una amazona o trape-cista...

—Nunca mentí a mi mujer hasta que tú llegaste para envenenar nuestra vida con tus absurdas manías, con tu odio declarado a todo lo que representa nuestra vida. ¿Con qué derecho has venido a inmiscuirte en lo que no te importa? ¿Con qué derecho, vamos a ver?

—Con el que me da ser hermana de tu mujer. Cora, ¿permitirás que tu hijo sea, andando el tiempo, como su padre?

—¡Cállate ya!—rugió más que dijo Windy en actitud amenazadora.

—Una mala bestia... un borracho...

Al oír aquel insulto indignante, Windy no pudo contenerse. En un arrebato de furia loca levantó su brazo pronto a descargarlo sobre la mujer que se erguía desafiadora ante él como retándole a que probara aquella bestialidad de que le acusaba. Afortunadamente para Marta, su hermana se in-



terpuso entre ellos abrazando a su marido para evitar que descargara el golpe. Windy deshizo el abrazo, pero no volvió a revolverse furioso contra su cuñada, sino que fué a buscar refugio al lado de su hijo. El pequeño, que había estado presenciando la escena con bendita indiferencia, miró a su padre con sus ojos expresivos y cariñosos.

—Papaíto—suplicó—. ¿Por qué no sigues contándome el cuento?

—Stubby, ahora no puedo contártelo porque tengo que salir a hablar con Hastings. Se bueno y procura dormirte pronto, y así mañana terminaré de contártelo y podré empezar otro nuevo.

Besó apasionadamente al pequeño, que se dejó arropar y acostar sin insinuar la más leve protesta, y salió del cuarto sin añadir palabra.

Dos horas después, Windy había bebido bastantes copas más de las que eran necesarias para ponerle completamente borracho. La escena habida entre él y las dos mujeres le había hecho olvidar completamente sus propósitos de marcharse de la taberna antes de haber tomado la tercera copa. Hastings había invitado como siempre a un tropel de mujeres tan bonitas como faltas de escrúpulos aficionadas al buen vino y a la alegría, y el resultado de todo aquello fué que antes de media noche la fiesta tomase unos aires inequívocos de bacanal, capaces de ate-

rrorizar el espíritu puritano de Marta y hacerla huir despavorida si se le hubiese ocurrido acudir allí en busca de su cuñado para arrancarlo de las garras del vicio. Pero Marta no tenía espíritu de apóstol, poco o nada le importaba que el alma de su despreciable cuñado se perdiese yendo a parar al infierno. Así, por lo menos en el otro mundo, podría verse libre de su presencia. Lo único que ella quería era ganarse por entero la débil voluntad de su hermana para inducir la a abandonar a aquella "mala bestia", que, en la realidad, era un infeliz incapaz de hacer daño a una mosca. En aquel preciso instante, mientras el desventurado Windy buscaba en el vino el consuelo a sus sinsabores conyugales, Marta seguía su labor solapada, firme en su lema de que "el fin justifica los medios", aprovechando el estado de abatimiento moral en que se hallaba Cora para inducir la a separarse de su marido.

—Después de todo lo que le hemos dicho, después de haber intentado pegarme, todavía ha tenido el atrevimiento de irse a la taberna a emborracharse, a firmar un nuevo contrato que os ata otra vez a este circo ambulante, a encenagarse con mujeres del arroyo...

—¡Marta, por Dios, cállate, cállate! —suplicaba la infeliz Cora deshecha en lágrimas—. ¿No ves que me estás atormentando inútilmente?

—¿Inútilmente? No, no sería inútilmente si tuvieses un poco más de valor. Pero te tiene acobardada, domada, como a sus fieras. Te ha embrutecido por completo y lo mismo hará con su hijo si no tienes el valor de alejarlo de él antes de que sea demasiado tarde...

—¡Marta, Marta, cállate! ¡Me estás volviendo loca!...

—Acabarás por decir que yo tengo la culpa de todo. Está bien, está bien. Siéntate aquí y espera que regrese de esta fiesta borracho como una cuba, convertido en una bestia inmundada... Sigue, sigue viviendo con él si es tu gusto. Hasta que te brutalice por completo, hasta que llegues a convertirte en una digna compañera suya... Yo me lavo las manos.

Se levantó, hizo ademán de marcharse y Cora rompió a llorar con grandes sollozos que sacudían su cuerpo, aquel cuerpo tan joven y tan bello. Se abrazó estrechamente a Marta y suplicó vencida, aniquilada, deshecha, incapaz de seguir resistiendo por más tiempo:

—No, Marta, no me abandones. Haré lo que me digas, pero no me abandones, no me dejes ahora...

Mientras tanto, en la taberna, la fiesta había llegado a su apogeo. Windy, sentado en una silla y rodeado de mujeres, estaba tratando de mostrarles con la ayuda de algunas frutas, que hacían las veces de animales, lo que

sería el número que estaba preparando y con el cual esperaba obtener el mayor éxito de su carrera. Sería un número sensacional, nunca visto hasta entonces, inédito en las pistas de circo del mundo entero. Se trataba nada menos que de hacer subir a un tigre sobre el lomo de un elefante y juntos los dos, hacerles pasar por el centro de un arco envuelto en algodón al que se prendería fuego... Lo más difícil era lograr que el tigre obedeciese, y también, claro está, que el elefante accediera a pasear sobre sus hombros a su terrible enemigo de la selva. Una vez conseguido esto, sería necesario convencer a ambos de que se decidiesen a pasar el aro encendido. Pero ¿por qué era él considerado como el mejor domador del mundo, sino para asombrar a este mundo con sus proezas? La explicación detallada de aquel peligroso *juego* al que se proponía someter a los dos enemigos irreconciliables tuvo la virtud de despertar el entusiasmo de las bellas, quienes se apresuraron a rodear el cuello de Windy con sus brazos y a prodigarle toda clase de mimos. Y el temible domador de fieras se olvidó por unos instantes de sus querellas familiares, de aquella insostenible Marta que era su tormento, de las lágrimas y los nervios de su mujer, para no pensar en otra cosa que en el deleite de aquel instante. Del único que no se olvidó Windy fué del



pequeño Stubby. El recuerdo de su hijo le acompañaba siempre, no se apartaba jamás de su lado, ni aun en el aturdimiento de la más grande de las borracheras.

—¿Sabes por qué quiero hacer este número? —insinuó Windy dirigiéndose a Hastings, que también había bebido lo suyo...

—Porque eres el más valiente de los

domadores y...

—No, señor. Porque por él consigo este contrato y gracias a él lograré ganar el dinero necesario para poner a Stubby en un buen colegio dentro de dos o tres años, y hacerle aprender una carrera: abogado, médico... lo que él quiera. Ahora, que si quiere ser domador como su padre, no seré yo quien se lo impida...

## CAPITULO II

Al día siguiente por la mañana, Jeff, el simpático negro criado del circo, al pasar junto a la jaula de los monos vió, con la natural sorpresa y sobresalto, que dentro de ella había un hombre y que este hombre era nada menos que su queridísimo y admirado señor Shaughanessy. Los monos, sorprendidos agradablemente por la presencia en su casa de tan ilustre *descendiente*, se habían apresurado a subírsele encima, armando un verdadero concierto de gritos y cuchicheos entre ellos, los cuales no eran obstáculo para que Windy

continuase durmiendo a pierna suelta, medio tendido en un rincón de la jaula, ajeno a todo lo que no fuera dormir la borrachera y emitiendo unos ronquidos tan sonoros como los rugidos de los leones, que cerca de allí reclamaban insistentemente su desayuno.

Jeff no iba solo, le acompañaba Samy, el más grande y más inteligente de los elefantes del circo, a quien el negrito se disponía a hacer la *toilette* matutina. El elefante, que también había visto al domador, no pareció asombrarse demasiado. Conocía las *genialidades*

de éste y si hubiese sabido que Windy se proponía dentro breves días hacerle trabajar con un tigre, seguramente se habría alegrado de verle en aquella posición tan poco airosa. Se limitó, pues, a sonreír burlonamente abriendo su boca enorme y enseñando sus afilados colmillos.

—¿Qué tal te parece esto, Samy?

—comentó Jeff mirándole con sus ojos saltones—. Tendremos que despertarle.

Le llamó repetidamente por su nombre, luego por su apodo. Nada. El señor Shaughanessy seguía durmiendo "beatíficamente". Entonces tuvo Jeff una idea luminosa. Cogió la trompa del elefante, la introdujo en un balde lleno de agua que había al lado de la jaula y le dijo:

—Anda, Samy, despierta al señor Shaughanessy. Mira que si su señora le ve en este estado dentro de la jaula es capaz de encerrarlo aquí todo el día.

El elefante obedeció. Alargó su trompa en dirección a la cabeza de Windy y soltó el chorro de agua como una manguera. Aquel baño imprevisto tuvo la virtud de despertar a Windy. Miró asustado a todos lados y antes de darse cuenta de donde se hallaba, vió la expresiva cabeza de Jeff asomando entre los barrotes de una jaula.

—¿Qué estás haciendo ahí, dentro de una jaula?—inquirió sorprendido.

El negrito soltó una carcajada.

—No soy yo, sino usted, señor Shaug-

hanessy, el que está dentro de una jaula. Yo le estoy contemplando desde fuera.

Sólo entonces se dió cuenta Windy de dónde se hallaba y quiénes habían sido sus compañeros durante la noche. Trató de coordinar sus ideas intentando recordar cómo y de qué manera había podido llegar hasta allí, pero le fué del todo punto imposible. En su imaginación danzaban en confuso revoltijo vasos llenos de vino, rostros y brazos de mujeres, actitudes amenazadoras de su odiosa cuñada, lágrimas de Cora y sonrisas del pequeñín. No podía comprender cómo y en qué circunstancias se había introducido en aquella jaula para convivir con aquellos simpáticos e inteligentes animalitos que según la teoría de Darwin eran sus ascendientes directos. Viéndose incapaz de resolver el dilema por sí mismo decidió preguntárselo a Jeff.

—¿Quién me puso en esta jaula?... ¿Quién me introdujo en este antro inmundito?

Pero tampoco Jeff podía sacarle de aquella terrible incertidumbre, visto lo cual, Windy decidió salir inmediatamente de allí.

—Esto es terrible, Jeff — comentó mientras se dirigía a su tienda acompañado del negrito—. ¿Crees que puede haberme visto alguien dentro de la jaula?

El negrito hizo un gesto de duda.

—No, no lo creo. Aparte yo, claro



está, que es como si no lo hubiera visto nadie.

—¿Has visto a mi mujer por aquí?

—No, no la he visto.

Windy exhaló un suspiro de alivio.

—Dime, Jeff, ¿qué te parece que puedo decirle a mi mujer para excusar mi ausencia durante toda la noche?

—Déjeme pensar. ¿Por qué no le dice que un amigo suyo se cayó, que se rompió una pierna y luego tuvo que acompañarle usted a su casa y quedarse a cuidarle?

—No sirve, Jeff. Ya se lo dije una vez y no quiso creerme. Además, su hermana Marta está con ella y no se dejará engañar tan fácilmente.

—Déjeme pensar otra vez. Vamos a ver; usted va andando tranquilamente por la calle, de regreso de... bueno, de donde haya estado la noche pasada, y de pronto oye usted una voz muy débil, muy débil que dice: "¡Socorro, socorro!"... Se acerca usted al sitio de donde sale la voz y ¿qué es lo que usted ve? Un hombre grande y fuerte golpeando brutalmente a una hermosa y débil muchacha de cabellos rubios y ojos azules...

Pero tampoco aquella idea pareció satisfacer a Windy, quien se apresuró a rechazarla.

—No, no, Jeff. Esta historia es muy mala y muy cursi. Tampoco sirve. ¿Sabes lo que te digo? Pues que voy a decirle la verdad, ni más ni menos.

Entraré y le diré: Mira, Cora, perdóname, soy un bruto, me emborraché sin querer, pero estoy muy arrepentido y te prometo no volver a hacerlo...

—¿No se lo ha dicho usted nunca?

—No, es decir, sí, pero esta vez va en serio.

Hablando, hablando, habían llegado a la puerta de la tienda. Uno de sus compañeros de trabajo se acercó para decirle que Hastings quería hablarle. Windy le rechazó olímpicamente.

—Dile que se espere. ¿Que es muy importante? Pues que siga esperando. Si no hubiese sido por él no me habría emborrachado...

Entró en la tienda, saludando tímidamente con un "buenos días" que nadie se cuidó de contestarle, por la sencilla razón de que la tienda estaba vacía. Windy suspiró aliviado. Cora y su hermana debían haber salido con el niño y tardarían seguramente algún tiempo en volver, el suficiente para que él se desnudase y se apresurase a meterse en la cama. Cuando regresasen lo encontrarían durmiendo, o haciendo ver que dormía y no se atreverían a decirle nada. Entretanto él tendría tiempo de inventar alguna historia...

Se sentó en una silla para sacarse los zapatos. Sus ojos distraídos tropezaron con un retrato suyo, vestido de domador, con grandes medallas en el pecho, que su mujer gustaba de tener

siempre encima de su tocador y que ahora estaba en el suelo desprovisto del marco y arrugado, como si una mano airada hubiese pretendido destruirlo. Windy se inclinó rápidamente y lo cogió, lo miró y lo remiró para convenirse de que no estaba soñando. Una sospecha terrible pasó por su mente. Se levantó de un salto y corrió hacia el ropero en donde su mujer acostumbraba guardar sus trajes. Estaba vacío. Encima del tocador había el anillo de boda de Cora. Corrió hacia la habitación contigua. Vacía también. Windy lo comprendió todo. Su mujer le había abandonado, su mujer había cedido al fin a las insinuaciones de su pérfida hermana. Corrió como un loco al despacho de Hastings.

—¿Dónde está Cora? ¿Dónde está el niño?

—¿Qué sucede? —inquirió Hastings asombrado.

—Esto es lo que yo vengo a preguntarte. ¿Qué ha sucedido? La tienda está vacía. Cora ha desaparecido, llevándose al niño...

—Ahora lo comprendo todo—repuso Hastings.

—¿Qué quieres decir con eso?

—El cajero me ha mandado un recado diciéndome que ayer noche Marta sacó todo el dinero tuyo. ¿Cómo fuiste tan estúpido de poner todo el dinero a nombre de tu mujer?

Pero Windy no le oía. ¿Qué impor-

taba el dinero? ¿Qué le importaba la huida de su mujer, después de todo? ¡Stubby! ¡Se había llevado a su Stubby, a su hijo! Era preciso salir en su busca inmediatamente. Detenerlas en su camino de huida. Agarrotar con sus fuertes manazas la garganta de aquella mala pécora de su cuñada para que enmudeciese para siempre. La desesperación y la ira de Windy eran tan imponentes que ni siquiera Hastings, cuyo ascendiente sobre él era bien notorio, se atrevió a decirle nada.

—¡Me han robado a mi hijo, a mi Stubby! ¡Ah, pero no conseguirán lo que se proponen! Las perseguiré, las perseguiré aunque sea hasta el fin del mundo y rescataré a mi hijo! ¡Mi Stubby! ¿Qué les he hecho yo a estas mujeres para que me traten de esta manera? ¿Qué les he hecho yo, vamos a ver? ¿Qué clase de hombre soy yo para que me priven de la compañía de mi hijo? ¿Soy acaso un criminal o un apestado? ¡Ah, Marta, te juro que esta vez me las pagarás! ¡En cuanto te encuentre te estrangulo, tan cierto como soy domador de fieras que te estrangulo!

Windy no pudo cumplir su amenaza. Primeramente porque Hastings se negó resueltamente a prestarle ni un solo céntimo, temeroso de que si las encontraba cometiera algún disparate, segundo porque el domador tuvo aquel mismo día un terrible patatús que le retuvo en cama algunos días, y tercera por-



que denunciado el hecho a una agencia de detectives ésta se cuidó de encontrar la pista de las fugitivas. Se trataba ahora de tener un poco de paciencia y esperar los acontecimientos. Dos semanas después, Windy, ya completamente restablecido, empezaba a perder de nuevo la calma y a pensar en la conveniencia de ir él mismo en busca de su hijo. Ahora ya no sentía el menor deseo de estrangular a su cuñada, ni tampoco el de recobrar el cariño de su mujer que creía ya perdido para siempre. Lo único que le importaba era recobrar a su hijo, volver a estrechar contra su corazón aquel tierno bebé, carne de su carne, sin el cual su existencia le resultaba una carga insoportable.

Aquella mañana, tendido en la cama con los ojos cerrados y el espíritu ausente, Windy estaba contando los días, las horas y hasta los minutos transcurridos desde la partida de su mujer y no se sentía con fuerzas para seguir adelante. Si no terminaba de una vez aquel suplicio acabaría por volverse loco. Windy no podía, no quería acostumbrarse a prescindir de su Stubby. No quería tampoco concebir la vida lejos de él, porque por él y para él había vivido hasta entonces. Pero ahora ya no le corría tanta prisa encontrarlo. Había meditado mucho, había pasado las noches en claro pensando, pensando siempre en lo mismo, en su hijo, en su Stubby y en la manera de resca-

tarlo arrebatándoselo a su madre y comprendía que nada ganaría ahora con dejarlo todo y lanzarse en su busca sin tener una pista cierta, que los detectives no habían sido todavía capaces de encontrar. La mano hábil de Marta se adivinaba en aquella huída que ella debía haber estado estudiando durante largo tiempo en sus menores detalles. Carecía de dinero y Hastings, que por otra parte estaba costeando generosamente los gastos de la agencia detectivesca, se negaría a darle un solo céntimo si se decidía a abandonar el circo. Era, pues, necesario ganar algún dinero antes de decidirse a emprender las pesquisas por sí mismo y también esperar algún tiempo, esperar a que las fugitivas se decidiesen a salir de su madriguera para caer sobre ellas y arrebatárselas su presa. Es por eso que Windy había decidido poner en práctica aquel número tan difícil que tenía en proyecto y que hasta entonces no se había atrevido a realizar. Sólo así lograría obtener el dinero que necesitaba para lanzarse en busca de su hijo y encontrarlo aunque lo hubiesen escondido en las entrañas de la tierra.

El ruido de unos pasos vino a sacarle de su abstracción. Abrió los ojos y vió a Hastings que acababa de entrar en la tienda.

—¡Hola, Windy!—dijo saludándole y sentándose a su lado en la cama.

—¿Qué hay, Dan; alguna noticia?

—Ninguna, ninguna por ahora. Pero no te preocupes que todo se andará. Me han dicho en la agencia que están sobre una pista segura.

—¿Una pista segura? Hace cerca de tres semanas que venís diciéndome lo mismo. Si me hubieses dejado marchar el mismo día de su huída, otro gallo nos cantara.

—¿Pero, cómo, Windy?... ¿Olvidas que caíste enfermo y que durante unos días fuiste incapaz de otra cosa que de delirar y delirar llamando a tu hijo?

—Tienes razón, Dan. Ahora escúchame. Estoy completamente decidido a empezar hoy mismo el entrenamiento del tigre y el elefante.

—¿Hoy? ¿No será demasiado pronto? Todavía estás muy débil, Windy, y no querría que te expusieras a sufrir un percance serio. Piensa que lo que te propones hacer es muy difícil.

—No importa. Yo sé que puedo hacerlo y lo haré. Necesito dinero, Hastings, y este es el único medio de obtenerlo. Si logro salir triunfante podremos doblar el precio de las localidades y llenaremos el circo cada noche. Entonces no tendrás inconveniente en darme lo que pida, y dentro de unos meses tendré el dinero suficiente para ir en busca de mi hijo y poner a toda la policía de América en movimiento con tal de encontrarlo.

Se levantó presuroso.

—Estoy decidido, Dan. No trates de

detenerme. Ahora mismo, tiene que ser ahora mismo. ¿Entiendes? Me siento fuerte, me siento decidido. Si no aprovecho este momento y me dejo envolver de nuevo por el miedo, todo estará perdido.

Acabó de vestirse, salió corriendo de la tienda, seguido de Hastings y Franz, el segundo domador del circo. En seguida, como un reguero de pólvora corrió por todo el circo la noticia de que Windy se disponía a empezar sus ensayos para el número sensacional. De todas las dependencias, de todas las tiendas fueron saliendo hombres y mujeres, que se colocaron alrededor de la jaula, ávidos de presenciar el prodigio. Jeff, más muerto que vivo, se apresuró a llevar al elefante y Windy, sin hacer caso de las protestas y reconvenções de Hastings, se metió en la jaula, cogió el látigo y lo hizo restallar unas cuantas veces. Samy, el elefante, dió unos pasos hacia el domador, pero sin demostrar ninguna actitud agresiva. Conocía a Windy y sabía que no sería capaz de golpearle mientras se portase como era debido. Cuando Samy hubo demostrado cumplidamente en unas cuantas evoluciones que se hallaba en buena disposición para obedecer las órdenes de su domador, Windy dió la orden de soltar el tigre y éste se precipitó hacia la jaula a través del pasadizo de hierro.

Era un hermosísimo ejemplar de animal, uno de los más temibles y fieros de



la *ménagerie* del circo, pero que hacía tiempo había tenido que rendir su fiereza ante la indomable voluntad de Windy y el poderoso magnetismo que éste ejercía sobre las fieras. Windy había trabajado con él multitud de veces, haciéndole realizar sumisamente prodigios de habilidad y destreza, pero lo que se proponía hacerle realizar ahora era cien veces más difícil que todo lo que había hecho hasta entonces. En efecto, el tigre, que al ver a Windy restallando el látigo no había demostrado propósito alguno agresivo, cambió completamente de actitud al ver la inmensa mole del elefante, quien, por su parte, tampoco pareció tomarse demasiado bien la intromisión del tigre en sus quehaceres. Rugió este último, mientras que el elefante levantó su trompa en actitud amenazadora al mismo tiempo que echaba una mirada de reproche al domador por obligarle a relacionarse con su irreconciliable enemigo.

Y entonces empezó el espectáculo grandioso e imponente. La lucha del hombre contra la fiera. El domador tenía conciencia exacta del peligro que corría. Sabía que si no lograba imponerse a aquel par de hijos de la selva se unirían para destruirle a él, antes de intentar destruirse el uno al otro. Era la ley del más fuerte, la ley de la selva en donde habían nacido. Windy pensó en su hijo, en lo que la ejecución de aquel número que parecía irrea-

lizable representaría para él si lograba darle cima y se hizo el propósito firmísimo de no salir de aquella jaula sin haber alcanzado lo que se proponía.

Durante un buen rato sólo se oyó el rugido del tigre y los gritos del elefante, unidos al restallar del látigo de Windy y a sus palabras de mando. Los espectadores profesionales de aquella escena habían enmudecido y agarrados a los barrotes de la reja seguían ávidamente los incidentes de aquel espectáculo magnífico en el que estaba en juego la vida de un hombre.

El tigre se resistía a obedecer las órdenes de su domador, ante el cual se había inclinado tantas veces. Su voluntad se hacía cada vez más fuerte y ni las voces de mando de Windy ni sus continuas amenazas con el látigo lograban reducirle a la obediencia. La lucha se mostraba enconada y difícil. Windy se dió inmediatamente cuenta de ello y se percató en seguida que en aquel momento por lo menos, el tigre le llevaría algo de ventaja. Samy era menos peligroso, se limitaba a protestar a grito pelado contra la presencia de su enconado adversario, pero aunque no se mostraba tampoco muy propicio a obedecer, no parecía dispuesto a revolverse contra su inflexible domador.

La lucha fué continuando, cada vez más desigual, cada vez más terrible. El tigre seguía dispuesto a no doblegarse a la voluntad omnimoda de aquel hom-

bre que poseía una fuerza extraña, contra la cual se había estrellado tantas veces su fiereza innata. El látigo de Windy cayó una y otra vez sobre él y el animal se revolvió furioso arreciando en sus rugidos. Estaba temible y a la vez magnífico, replegándose a cada momento para dar el salto contra su enemigo y retrocediendo atemorizado ante el látigo que seguía castigándole y también ante la mirada de acero de aquel ser extraño que tantas veces había logrado sojuzgarle, reduciéndole a la obediencia. Por un momento pareció doblegarse y subiendo a una banqueta saltó, al fin, sobre el elefante. Windy, empero, tuvo la intuición de que no estaba dispuesto a obedecerle y ciego de ira y de impaciencia, al ver que el tigre daba el salto, ordenó a Jeff que desde la parte de afuera de la caja encendiera el aro preparado para este objeto. Jeff obedeció y entonces sucedió algo terrible. El elefante se asustó cuando estaba a punto de pasar el aro y desvió su camino, dando un fuerte golpe a Windy, que cayó al suelo.

Aquello era lo que el tigre había estado deseando desde el primer momento. Ver a su temible enemigo reducido a la impotencia, sin el látigo con el que le castigaba, para poder saltar sobre él impunemente. Los aterrorizados ojos del domador vieron como el tigre caía sobre él en un salto prodigioso y sólo tuvo tiempo de cubrirse

el rostro con los brazos. Un grito de horror salió de la garganta de sus compañeros, al mismo tiempo que los dientes del tigre, clavándose en el hombro de Windy, le hacían soltar un grito casi inhumano. Windy en su precipitación para principiar el ensayo se había olvidado de coger el revólver y por lo tanto estaba indefenso en las garras de su adversario. Hombre y bestia, estrechamente abrazados y formando un solo cuerpo rodaron por el suelo, pero esta vez el tigre era más fuerte. Había probado la sangre y todos sus instintos dormidos por la larga época de doma a que había sido sometido se despertaron de nuevo en él, pujantes y temibles. Las manos de Windy lograron atenuar su cuello, pero no evitar que una y otra vez sus dientes y sus garras se hundieran en su carne.

Franz, el otro domador, se había precipitado hacia la puerta de la jaula con una silla en la mano, para intentar acudir en auxilio de su infortunado compañero, pero el tigre, que se había percatado de ello, soltó un momento su presa inerme en el suelo y se revolvió contra el que pretendía disputársela. Franz se dió cuenta en seguida del peligro que corría, ya que el tigre se preparaba a saltar sobre él antes de que hubiese tenido tiempo de acabar de entrar en la jaula, y retrocedió en seguida. La fiera, dueña nuevamente del



terreno, volvió a lanzarse sobre su presa.

Un disparo y otro, y otro... El pulso firme del tirador del circo no podía errar el tiro en aquel momento trágico.

El tigre, herido de muerte, dió un salto atrás y se desplomó en el suelo. Junto a él yacía el cuerpo de su víctima convertido en una masa de carne ensangrentada e inerte.

\* \* \*

Tres meses largos tardó Windy en curar de las terribles heridas producidas en su carne por el tigre enfurecido. Durante muchos días su vida estuvo suspendida entre la vida y la muerte. Al fin, su robusta naturaleza logró vencer el mal, pero cuando ya completamente restablecido se presentó al director del hospital para despedirse de él y agradecerle todo lo que por él había hecho, no era el mismo hombre que tres meses antes enardecía al público con su bravura, sino un pobre mutilado envejecido y débil. En su terrible lucha con la fiera había logrado salvar la vida, pero no el brazo en el que el tigre hincara el diente desgarrándolo por completo. Cuando fué sacado de la jaula, su brazo derecho colgaba como un guiñapo,

destrozado y sanguinolento, unido al hombro por una débil tira de carne.

El director del hospital, un hombre de mediana edad, sereno y afable, acogió al visitante con una amable sonrisa.

—Bien, señor Shaughanessy. Supongo que no sentirá usted mucho dejar el hospital. ¿No es cierto?

—No lo sentiré por el hospital, pero sí lo sentiré por usted y por todos los doctores y enfermeras que me han atendido. Todos ustedes han sido muy buenos conmigo.

—Espero tener el gusto de verle nuevamente por aquí. ¡No se alarme usted! Sólo como visitante. Ha pasado usted tanto tiempo entre nosotros que difícilmente nos acostumbraremos a

prescindir de su presencia. Ha tenido usted la virtud de trastornar a todas las enfermeras con sus historias de fiebras y cacerías.

Cogió un sobre que había encima de la mesa de su despacho y se lo alargó a Windy.

—Esta carta es para usted, señor Shaughanessy.

Windy intentó abrir el sobre, pero no pudo. No estaba acostumbrado todavía a desenvolverse sin la ayuda del brazo amputado y hubo de requerir la ayuda del doctor. También el contenido de la carta hubo de leérsela éste. Los ojos de Windy se habían debilitado notablemente y aunque su órgano visual volvería a adquirir con el tiempo la potencia de antes, por el momento no le permitían leer sin la ayuda de los lentes.

La carta era de Hastings, y en ella le decía que había recibido un telegrama del director del hospital avisándole que ya estaba enteramente restablecido. Le indicaba dónde podría encontrar el circo y le expresaba su deseo de que fuese a encontrarle lo más pronto posible.

—Es preciso que te acostumbres a la idea de que a pesar del percance sufrido sigues siendo el mejor domador del mundo, y que aquí te esperamos todos con los brazos abiertos.

—Respecto a lo de Cora y el niño siento tener que darte una mala noticia.

Todas las pesquisas realizadas por la agencia han resultado hasta ahora infructuosas. Parece como si se los hubiese tragado la tierra.

—Ahora sigue mi consejo. Coge el primer tren y ven a nuestro encuentro. Todos te estamos echando de menos, sin excluir los elefantes y los "gatos". Jeff no da pie con bola desde que te marchaste y hasta ha perdido el color. Yo no puedo acostumbrarme a prescindir en mi espectáculo del mejor de los domadores y en mi vida privada del mejor de mis amigos. Windy, lo pasado, pasado. Entiérralo en la seguridad de que no ha de volver y recuerda tus buenos tiempos cuando todo el circo se iba abajo al aparecer tú en la pista.

"Ven pronto. Te espera tu fiel,

"Hastings."

Cuando hubo terminado la lectura el doctor miró sonriendo al antiguo domador. La expresiva carta del dueño del circo daba una buena idea de la cordialidad que le unía a aquel hombre que unos meses antes enardecía a los públicos para acabar en la cama de un hospital ensangrentado y moribundo y que hora sentado frente a él escuchaba tristemente la lectura.

—¿Sabe usted lo que debe hacer ahora?—dijo el doctor después de una corta pausa, empleada en escudriñar el rostro de Windy—. Aceptar el ofrecimiento de su amigo y coger el primer



tren para reunirse de nuevo con sus antiguos compañeros.

Windy sacudió la cabeza.

—No, no quiero volver allí.

—Señor Shaughanessy, no pretendo inmiscuirme en su vida privada, pero quiero darle un consejo. Procure olvidar lo sucedido y vuelva usted a su antigua profesión. Dentro de tres o cuatro meses se hallará completamente restablecido. Es usted un hombre fuerte y lo peor ya ha pasado. Una vez haya vencido usted la dificultad que representa verse privado de su brazo derecho y se

haya acostumbrado a prescindir de él volverá a encontrarse a sí mismo. Procure sobreponerse al miedo, enfréntese de nuevo con las fieras.

Al oír aquellas palabras Windy se cubrió el rostro con su única mano.

—No, no—exclamó con voz sorda—. Nunca, nunca podré volver a enfrentarme con ellas.

Se detuvo un instante, luego continuó:

—A menos que llegue a encontrar a mi hijo. Entonces tal vez recobre el valor perdido.

### CAPITULO III

No volvió Windy al circo de Hastings ni siquiera contestó a la afectuosa carta que éste le dirigiera. En la mente del antiguo domador de fieras sólo había cabida para un pensamiento: encontrar a su hijo, encontrarlo aunque tuviera que recorrer a pie el mundo entero. Sin esa esperanza, Windy se habría suicidado. Enfermo, mutilado, cansado, poseído de un horror irrepre-

mible a su antiguo oficio, ¿qué podía importarle ya la vida? Sólo quería ver a Stubby, verlo aunque fuese una sola vez y morir luego si Dios quería llevárselo.

Pasaron las semanas y los meses... Windy anduvo errante de un Estado a otro, trabajando incidentalmente en todos los lugares en donde querían aceptarlo a pesar de su brazo mutilado.

Poco a poco fué readquiriendo fuerzas y conforme le había dicho el médico, llegó también a habituarse a prescindir de su brazo amputado. Se le veía deambular siempre por parques y paseos, deteniéndose a la puerta de los colegios y orfelinatos, mirando ansiosamente los rostros de los niños, preguntando a todos cómo se llamaban. Muchos fueron los chiquillos de la edad de su Stubby que cruzaron por el camino de su desolada peregrinación, tan rubios y sonrosados como su angelote, pero ninguno de ellos era su hijo.

Transcurrió un año y otro y otro... Windy siguió buscando cada vez más triste, cada vez más descorazonado, pero a pesar de todo, una débil lucecita de esperanza le sostenía y le animaba a continuar su búsqueda infructuosa. No quería hacerse a la idea de que había perdido para siempre aquel pedazo de su alma. A medida que transcurría el tiempo el recuerdo de su hijo, lejos de debilitarse, se hacía cada vez más tangible, más vívido. Soñaba con él cada noche, llegaba incluso a hablarle, le contaba aquellos cuentos ingenuos y que tanto le gustaban, le estrechaba apasionadamente contra su corazón llamándole "su Stubby, su Stubby querido", le reprendía dulcemente por haberle dejado abandonado tanto tiempo... para acabar despertando solo y triste en el lecho de una humilde po-

sada y romper a llorar en un llanto salvaje y desesperado.

Aquel triste calvario duró bastantes años, que fueron para el padre atormentado un siglo de amargura. Poco a poco, la esperanza empezó a abandonarlo. Ya no detenía a los chiquillos en plena calle, exponiéndose a que lo tomaran por un raptor de niños, ni les sacaba la gorra para ver si su pelo era rubio o negro, ni llamaba a la puerta de los orfelinatos para hacer una detallada descripción del físico de su hijo, ni esperaba ansiosamente la salida de los niños del colegio. El, en lugar de soñar con él se repetía a diario las mismas palabras desconsoladoras: "Has perdido a tu hijo para siempre, para siempre, no volverás a verlo nunca más. Es como si hubiera muerto para ti."

Un día, en su continuo peregrinar de pueblo en pueblo llegó a la pequeña ciudad de Dubuke, a tiempo de ver pasar la caravana de un circo ambulante. Windy se detuvo en el borde de la acera, rodeado de chiquillos que aplaudían y vitoreaban el paso del circo. Un mundo de recuerdos se agolpó en la imaginación del antiguo domador. Pasaron los elefantes, lentos y torpes, con su andar pesado y calmoso; pasaron los payasos haciendo mil piruetas, con sus rostros embadurnados, pasaron las gentiles Amazonas montadas a caballo, prodigando sonrisas y saludos, los trapeartistas enfundados en sus maillots, que se



ceñían a su cuerpo, pasó también un joven y arrogante domador, vestido con un traje flamante y galoneado. Windy, que había estado presenciando el desfile con los ojos nublados por una expresión de melancolía, palideció al verlo. Aquel arrogante joven era Franz, su antiguo compañero, el segundo domador del circo Hastings. Windy se pasó la mano por los ojos. Creía estar soñando. Al volverlos a abrir vió la mirada del joven domador fija en él y comprendió que le había reconocido.

Así era, en efecto. Aquél era el circo de Hastings. Franz acababa de descubrir a un hombre que su dueño había estado buscando inútilmente durante meses y años. Se volvió rápidamente y encarándose con la cabeza de un elefante de cartón que le seguía dijo acercando su boca al oído de la bestia:

—¡Jeff, Jeff, mira allí! ¿No es aquel el señor Shaughanessy?

Los ojos del presunto elefante, que eran en realidad los del negrito, buscaron ávidamente. En seguida del interior de aquella cabeza de cartón salió una voz chillona que gritaba:

—¡Sí, sí, es el señor Windy, el señor Shaughanessy!

Y Hastings, que, acomodado confortablemente en un automóvil, seguía la caravana detrás del elefante de cartón, oyó los gritos de Jeff y se apresuró a descender del coche.

—¿Qué es lo que dices? ¿Dónde

has visto a Windy, di, dónde lo has visto?

—¡Allí, allí, en la acera de la izquierda, al lado del farol!

Pero Windy ya no estaba en el lugar indicado por el negrito. Se había dado cuenta de que había sido reconocido y huía cobardemente, huía del pasado que acababa de aparecer de nuevo ante sus ojos, huía de sí mismo.

Rápido como un relámpago, Hastings corrió hacia la acera y abriéndose paso a codazo limpio empezó a perseguirle al mismo tiempo que le llamaba por su nombre y hacía señas desesperadas para que se detuviese. Unos transeúntes vinieron en su ayuda cogiendo a Windy por el brazo creyendo tal vez que se trataba de un ladrón. Hastings no tardó en alcanzarle y durante unos instantes aquellos dos amigos, que durante tantos años habían recorrido juntos el mundo, compartiendo alegrías y dolores, triunfos y fracasos, permanecieron mirándose fijamente en silencio. En seguida Hastings reaccionando abrazó a su viejo amigo golpeándole en la espalda, prodigándole toda clase de reproches, comparándole sucesivamente a una hiena, un chacal, un buitro, una serpiente y otros animales mucho más despreciables de la escala zoológica... Una vez pasado el arrebato, condescendió a preguntarle cómo se encontraba y qué era lo que había hecho durante todo aquel tiempo, pero antes de que

Windy hubiese tenido tiempo de contestarle volvió a llenarlo de insultos e improperios, para terminar enjugándose una lágrima indiscreta que asomaba a sus ojos.

—¿Dónde te has escondido durante esos años, mamarracho? ¿Sabes el dinero y los quebraderos de cabeza que me ha costado buscarte? ¿Es que todos los de la familia os habéis propuesto andar huídos por este vasto mundo? ¿Qué es lo que haces ahora? ¿Trabajas en algún circo?

—¿En un circo? No. Estoy empleado en un banco, un magnífico empleo, te lo aseguro—repuso Windy mintiendo descaradamente.

Hastings echó una mirada a su indumentaria. El aspecto de Windy no podía ser más desairado. Sucio, astroso, miserable, más bien parecía un mendigo que otra cosa.

—¿Sabes lo que te digo, idiota? Pues que eres el mayor embustero que he conocido y esto que he conocido a muchos. Pero, en fin, si no quieres decirme lo que haces, allá tú. Ahora dime, ¿dónde tienes al niño?

—¿Qué niño? —inquirió Windy alejado.

—El tuyo, idiota, el tuyo.

Windy le miró tristemente.

—Estoy igual que cuando sucedió la desgracia. He recorrido toda América buscándole sin poder hallarlo. Ahora ya he perdido la esperanza.

—¿Entonces no has podido hablar con los abogados?

—¿Qué abogados?

—Pues... los abogados, ¡qué diablo! Te andaban buscando por ahí. Hace de esto tres meses. Windy, tu mujer ha muerto. Andaba haciendo el trapecio bajo un nombre supuesto y murió en un accidente. En fin, dejemos eso.

Los ojos de Windy se llenaron de lágrimas. Durante aquellos seis años interminables de búsqueda infructuosa había llegado a odiar el recuerdo de su mujer casi tanto como el de su cuñada Marta. Pero ahora al enterarse de que había muerto, al pensar que aquel cuerpo bellísimo había caído destrozado sobre la arena de un circo, que aquellos ojos negros y tristes se habían cerrado para siempre, sintió que todo su rencor se desvanecía y sus labios murmuraban unas palabras de perdón.

Hastings dijo entonces algo que Windy hubo de hacerse repetir, porque no podía creer que fuese cierto.

—El niño es tuyo ahora, Windy. Es por eso que te andaban buscando los abogados.

—¿Mío?

—Sí, tuyo, tuyo. Ven conmigo ahora. Ya hablaremos de todo eso detenidamente.

Media hora después, Windy, sentado junto a Hastings en el despacho de éste, escuchaba ávidamente sus explicaciones.

—Tu hijo está ahora en la escuela



militar de Winslow, en Illinois. Cora debió estar ahorrando mucho para poder llevar a su hijo a una escuela como esa. Esta misma semana empiezan las vacaciones. Tú podrás tener al niño durante tres meses. Si pasado este tiempo el niño está conforme en quedarse a tu lado, quedará para siempre bajo tu custodia, si no, volverá al lado de su tía Marta...

Se detuvo unos instantes para mirar a su compañero.

—Windy—dijo al fin después de unos instantes de vacilación—. Dime, ¿qué piensas hacer?

—Ir en busca de mi hijo—repuso éste con el rostro transfigurado de gozo.

—¡Eso ni se pregunta!

—Pero, Windy, ¿te haces cargo de lo que representa? ¿Tienes dinero? ¿A dónde piensas llevar al chico?

—¡Pues aquí, con vosotros! Dan, hace seis años me escribiste una carta conmovedora ofreciéndome un empleo en tu circo como si nada hubiese sucedido. Pues bien, ahora te respondo: lo acepto. No querrás abandonarme ahora que necesito de tu ayuda.

—No, Windy, claro que no, pero es el caso que Franz ocupa ahora tu puesto y...

—¿Y qué? ¿Crees acaso que yo pretendo arrebatárselo? No, Hastings, no. Yo sólo quiero volver a probar la suerte del aro de fuego con el tigre y el elefante. No me mires así, que no estoy desvariando, ni creas que porque me

falta un brazo soy un inválido. Hastings, el hombre que encontraste hace unos momentos en la calle ya no existe. Ha muerto. Era un pobre ser desgraciado y miserable que iba en busca de un fantasma. Ahora soy otra vez el Windy de otros tiempos, el primer domador del mundo. ¡Oh, Hastings, trata de comprender, trata de comprender lo que para mí representa la revelación que acabas de hacerme! Hace una hora habría huído al oír el rugido de una fiera. Ahora me sentiría capaz de entrar ahora mismo, ¡ahora mismo!, en una jaula llena de tigres y leones. Vuelvo a ser el Windy de antes, el Windy invencible. ¡He vuelto a encontrarme a mí mismo!

Hastings se levantó entusiasmado. Abrazó estrechamente a Windy, dándole cariñosos golpes en la espalda.

—¡Así es cómo quería oírte hablar, Windy! Este es el hombre que yo he conocido siempre. Un gran hombre y el mejor de los domadores. Venga esa mano, Windy. Ahora estoy dispuesto a darte todo el dinero que me pidas. No hablo por egoísmo, Windy. Antes que todo y por encima de todo estoy contento porque acabo de asistir a la resurrección de un antiguo amigo, del amigo más bravo y generoso que jamás he conocido.

Y así fué cómo fué decretado que José Shaughanessy, alias Stubby, volvería al lado de su padre.

## CAPITULO IV

Marta Stanfield, la mujer que había logrado alejar a Cora y a su hijo del lado de Windy, era una mujer extraña. Puritana y fanática, impulsada por el odio instintivo que había sentido siempre hacia el marido de su hermana, que era para ella la suma y compendio de todos los vicios y todas las brutalidades, arastrada por un falso concepto de la vida y obedeciendo a dictados de una moral estricta e inflexible, no había vacilado en provocar la catástrofe y en sumir en la más negra desesperación a un ser que ningún daño le había hecho y cuyo único pecado era el tener una moral distinta de la suya. Una vez lejos de él, toda su inflexibilidad, todos sus rencores se habían convertido en ternura hacia su sojuzgada hermana y hacia el pequeño Stubby, que durante unos días estuvo preguntando insistentemente por su padre para acabar olvidándole por completo, con esa maravillosa facilidad que poseen los niños para adaptarse a nuevos afectos y nuevos ambientes.

Y he aquí que ahora, después de seis años de vida nómada e inquieta, ocultándose siempre, viviendo bajo nombres supuestos, trabajando y luchando bravamente por la vida, su hermana caía destrozada y su sobrino, aquel niño que con tacto exquisito, con paciencia suma, con cautela refinada había logrado hacerse suyo, enteramente suyo, formándolo a su imagen y semejanza, inculcándole sus mismos credos y sus mismas ideas y costumbres, iba a serle arrebatado en nombre de la ley, para entregárselo de nuevo a aquel hombre que ella gustaba de imaginarse siempre como borracho, farfullando palabras ininteligibles, con el pelo enmarañado cayendo sobre su rostro, los ojos vidriosos y el rostro congestionado. El Windy que todos conocían, el Windy alegre y campechano y bueno como el pan bendito, el Windy que era en realidad, no había existido nunca para ella. A fuerza de repetirle a su hermana primero y luego al niño que era un ser depravado y brutal, una "mala bestia", ha-



bía acabado por creérselo ella misma. Su maldad para con él había sido, pues, una maldad inconsciente e instintiva. Al herirle lo había hecho obedeciendo a un impulso instintivo, sin darse cuenta del mal que hacía, obsesionada por el deseo de arrebatarse a Cora y a su hijo de la influencia del ambiente que les rodeaba y también de la de aquel hombre, que le parecía odioso y depravado.

De pie en medio de la estancia, escuchando impasible las palabras del coronel Winslow, el director del colegio militar en donde hacía dos años que venía educándose su sobrino, Marta sentía reverdecir sus antiguos rencores al pensar que aquel niño que había cuidado amorosamente, celosamente, como un hijo, iba a caer nuevamente en manos de su padre. La figura odiada de Windy aparecía de nuevo ante sus ojos y recordando que la ley era la que había ordenado aquella injusticia, se sentía inclinada a rebelarse contra ella, a gritar a todo el que quisiera oírlo que ninguna ley humana podía arrebatarse aquel ser que le pertenecía de derecho.

Rubio, pálido y triste, el pequeño Stubby, convertido en un muchacho espiadito y juicioso, escuchaba con la cabeza gacha las cariñosas advertencias del coronel Winslow, contestando con un tímido "sí señor" a cada una de ellas.

Sólo cuando el coronel indicó con un gesto que no tenía ya nada más que decir, se atrevió el muchacho a iniciar una tímida protesta que durante todo el rato había tenido al borde de los labios.

—Señor, ¿no podría quedarme aquí durante las vacaciones? No me importaría estar solo. Todo antes de irme con mi padre.

—No, José, no. Tú sabes que esto es imposible. La ley es la ley y ella ha decretado que pases estas vacaciones al lado de tu padre. Después de estos tres meses serás libre de decidir tu destino. Ahora, no; ahora tienes que someterte a esta prueba antes de decidir con quién debes quedarte.

—La reacción de José será sin duda alguna desfavorable a su padre—insinuó Marta—. El sabe cómo trató a su madre ese mal hombre. Como...

A través del dictógrafo, se oyó la voz de la secretaria que anunciaba:

—El señor Shaughanessy acaba de llegar.

—Que espere un momento —ordenó el coronel Winslow y luego dirigiéndose a Marta suplicó—: Señora, le agradeceré se despidan inmediatamente del niño. Su padre está aguardando.

Había llegado el momento doloroso de la despedida. Marta se inclinó hacia el niño, se arrodilló a su lado. Ambos se abrazaron.

—Hijo mío—dijo la mujer mirando



—¿Por qué lo pusiste tan pronto en la cama?



—Cora, ¿vas a permitirle que firme ese contrato?





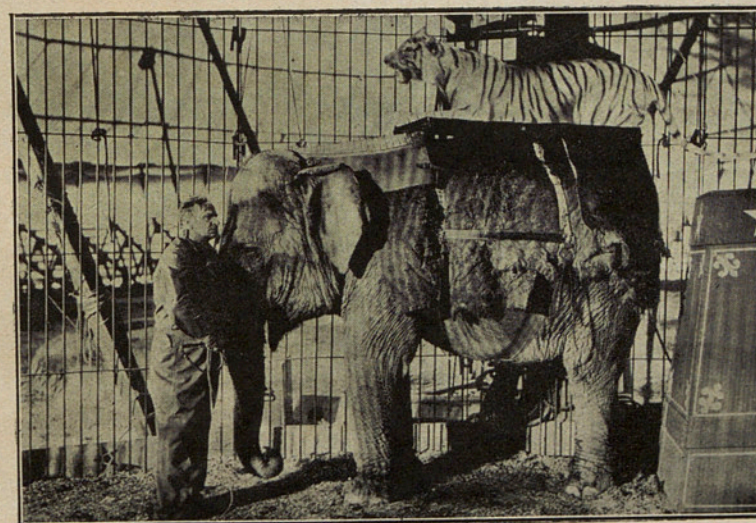
—Nunca mentí a mi  
mujer hasta que tú lle-  
gaste para envenenar  
nuestra vida



—Papaíto, ¿por qué  
no sigues contándome  
el cuento?



—... gracias a este contrato podré ganar el dinero necesario para  
poner al niño en un buen colegio.



El tigre saltó al fin sobre el elefante.





.. los dientes del tigre, clavándose en el hombro de Windy, le hacían soltar un grito casi inhumano.



Aquel era el circo de Hastings.



—Hijo mío, ¿quieres darme un beso?

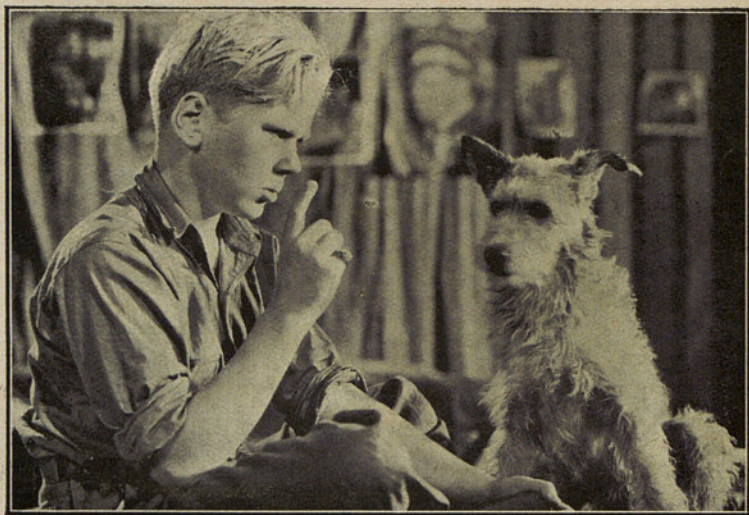


—¿Por qué no quieres llamarme papá como antes?





—¿Cómo se llama el  
perro?



—Ya sé lo que vas a hacer ahora. Ladrar. ¿No es eso?

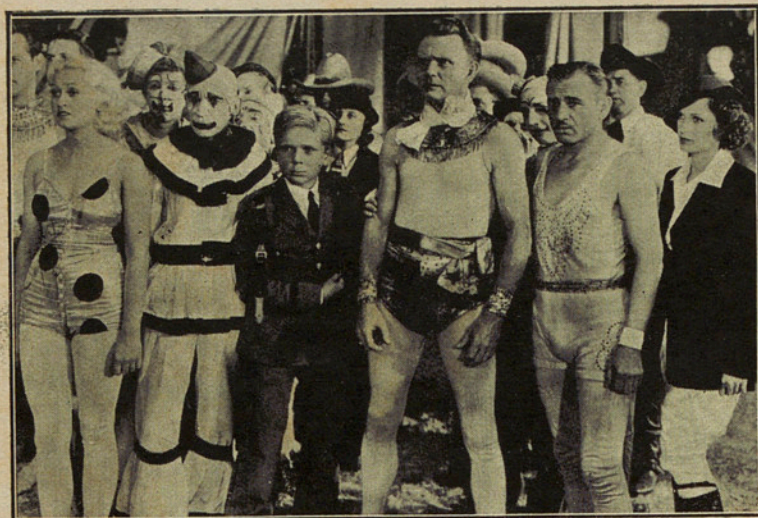


—¡Marta! Cállate ya si no quieres que haga un disparate.



El tigre había expresado su voluntad de desobedecer y no estaba  
dispuesto a doblegarse.





Todos se apartaron para dejarle el paso franco.



Windy había triunfado una vez más.

## S A N G R E D E C I R C O

fijamente al niño como si quisiera su-  
gestionarlo—. Vas a ser sometido a una  
ruda prueba, de la que no dudo sal-  
drás triunfante. Dentro de tres meses  
volveremos a reunirnos y entonces na-  
die podrá separarnos. Escíbeme a me-  
nudo, cada día si puedes. Cuéntame lo  
todo, todo lo que haga ese hombre.  
Dime en qué trabaja, cómo te trata, si  
se emborracha a menudo. Todo lo que  
haga y todo lo que diga necesito sa-  
berlo. Es necesario acumular pruebas  
contra él si pasados estos tres meses  
pretende retenerte. Sólo pudiendo pro-  
bar que es incapaz de mantenerte y que  
lleva mala vida podremos triunfar de  
él. Es malo, José, muy malo.

—Sí, tía Marta—repuso el niño se-  
riamente.

—¡Adiós, hijo mío! Se bueno, acuér-  
date de mis consejos, no te dejes in-  
fluenciar por el ambiente.

Salió Marta enjugándose los ojos. Era  
la misma mujer que seis años antes se  
erguía inflexible frente a su hermana so-  
juzgándola, anulando su voluntad para  
obligarla a cometer una locura, pero si  
Windy hubiese podido verla en aquel  
instante abatida y llorosa por tener que  
alejarse de su hijo, tal vez la habría  
perdonado.

Antes de que Windy fuese introduci-  
do en el despacho, el coronel Winslow  
se creyó obligado a hacer la última ad-  
vertencia a su discípulo.

—Cadete José Shaughanessy — dijo

dirigiéndose al chiquillo, que vestido  
de uniforme permanecía serio y estira-  
do ante él tratando de mostrarse firme  
y disciplinado, pero con los ojos llenos  
de lágrimas.

—A sus órdenes.

—Acércate.

El muchacho obedeció.

—Hijo mío — dijo el coronel dulci-  
ficando el acento—. Dentro de un ins-  
tante te hallarás de nuevo ante tu pa-  
dre. No quiero decirte lo que debes ha-  
cer, porque tu conciencia y tu cora-  
zón habrán de dictártelo. Sólo quiero  
ordenarte una cosa, ¿has oído bien?,  
ordenarte una cosa. Suceda lo que su-  
ceda, te guste o no, debes permanecer  
esos tres meses al lado de tu padre.

Cinco minutos después Windy era in-  
troducido en el despacho del coronel.  
Sus ojos ávidos buscaron a su hijo. Vió  
un muchachito rubio, bastante alto y  
vestido de uniforme que permanecía al  
lado del coronel, serio y rígido. Fué  
avanzando lentamente, como sugestiona-  
do, sin apartar los ojos de su hijo. Oyó  
como en sueños la voz del coronel que  
le saludaba y por un momento creyó  
que iba a desvanecerse. Sus ojos se nu-  
blaron y tuvo que cerrarlos. Cuando  
volvió a abrirlos el niño le miraba tam-  
bién, le miraba con una expresión seria  
y fría, con los labios contraídos y con  
las mejillas húmedas aun de las lágri-  
mas derramadas unos momentos antes.

Se volvió hacia el coronel y seña-



lando a Stubby murmuró más que dijo con los labios temblorosos:

—¿Es mi hijo, verdad? ¡Mi hijo!

—Sí, señor Shaughanessy, es su hijo. Buen mozo, ¿no es cierto? Y un buen alumno también.

—Está un poco cambiado, pero le habría reconocido en seguida. Entre mil habría reconocido que era mi hijo. ¿Y tú, Stubby, me habrías reconocido si no hubieses sabido que era tu padre?

—No, señor—repuso el niño fríamente.

—¡Qué tonto soy! Cómo ibas tú a reconocerme? Cuando te marchaste eras así de pequeño, apenas si levantabas dos palmos del suelo. Además, yo tenía aún mis dos *remos*, mis dos brazos quiero decir. ¿Comprendes? Un *gato* se me llevó éste. La gente de circo llamamos gatos a los tigres para hacernos la ilusión de que son menos fieros. ¿Te acuerdas de los cuentos que acostumbraba contarte y que te gustaban tanto?

—No, señor—volvió a contestar el niño cada vez más serio, cada vez más rígido.

—¡Lo que nos habíamos divertido con tu madre yendo por esos mundos! Entonces yo era el gran domador, el mejor del mundo, según decían. Pero, ¿qué estoy diciendo? Sigo olvidando que eras demasiado pequeño para recordar todas esas cosas. Pero ahora ya

volvemos a estar juntos, Stubby, mi pequeño Stubby.

—Sí, señor, pero mi nombre no es Stubby, sino José.

—¡Oh, claro, claro! Pero yo entonces gustaba de llamarte por tu apodo de la misma manera que todos me llaman Windy. En el circo solemos sacarnos motes unos a otros. Ya verás, Stubby, digo, José, ya verás cómo te gusta la gente de circo. Pero déjame que te mire bien... ¿Sabes que eres un real mozo?

Se acercó más al niño, le puso la mano sobre su hombro y le miró largamente en silencio emocionado.

—Hijo mío—dijo al fin con voz dulce—, ¿quieres darme un beso?

El niño, que al sentir el contacto de la mano de su padre se había estremecido ligeramente, miró aquel rostro feo y basto casi junto al suyo y no pudo reprimir un gesto de desagrado. Sus ojos buscaron ansiosamente los del coronel Winslow, que de pie frente a su pupitre estaba contemplando la escena. Le interrogó con la mirada y entonces el coronel hizo un gesto afirmativo con la cabeza. José se resignó entonces a obedecer y acercó su rostro al de su padre para que lo besase.

El coronel, que comprendía cuán penosa resultaba aquella escena para su pequeño alumno, decidió intervenir para abreviarla.

—Señor Shaughanessy, supongo que

conoce usted las condiciones de este arreglo. El niño permanecerá con usted los tres meses de verano y luego...

—Sí, luego volverá al colegio.

—De usted depende ahora que el niño se quede para siempre bajo su custodia o vuelva a la tutela de su tía.

—Sí, sí, ya comprendo.

—Si usted y el niño se llevan bien, si el niño se acostumbra a su nueva vida, entonces, aunque vuelva al colegio en octubre quedará para siempre bajo su

custodia. Por el contrario, si el niño le muestra aversión, si no puede usted...

—¿Aversión hacia mí? ¿Puede usted imaginarse que mi hijo y yo no...?

—Señor Shaughanessy, siento haberle tenido que hablar en esos términos, pero es un deber penoso que me ha sido impuesto por la ley.

—¡Oh, ya comprendo, ya comprendo!—repuso Windy sonriendo—, Pero no tema, señor. Mi hijo y yo nos llevaremos perfectamente.

## CAPITULO V

El viaje de regreso a Dubuke, en donde debían reunirse con el circo, fué para el hijo de Windy una prueba durísima. Aquellos seis años no habían pasado en balde. Marta Stanfield había logrado matar el recuerdo de Windy en el corazón de su hijo, haciendo que arraigase en él un sentimiento de aversión hacia aquel hombre que ahora se lo llevaba lejos del colegio, lejos de su tía, cautivo de una ley que debía ser terriblemente injusta cuando permitía

una cosa semejante. No quería mirarlo, obstinándose en permanecer con el rostro vuelto hacia la ventanilla del tren, fingiendo absorberse en la contemplación del paisaje, pero no podía evitar el sentir su presencia, la proximidad de aquel cuerpo pesado y grosero, oír su voz, escuchar sus explicaciones en aquella jerigonza de circo, ordinaria y brutal que no acababa de comprender y que le producía un malestar casi físico.



—... El viaje fué muy movido. Habíamos logrado capturar dos leones, dos "gatos", un elefante y un animal muy raro que tenía barbas de chivo y dientes de gorila. Era muy feroz, pero se me metió en la sesera domarlo y acabé por convertirlo en un perro faldero. Cada vez que quería insolentarse me acercaba a él y le miraba fijamente a los ojos y entonces el animal ¡pffffitt!, se desmayaba como una damisela... Todo esto te lo había contado muchas veces cuando eras pequeño y entonces lo encontrabas gracioso, pero ya comprendo que ahora no te haga gracia. Soy un torpe, te estoy contando cosas que... ¿Te gustan los cacahuetes?—terminó alargándole una papelina llena de este fruto.

—No, señor—repuso el niño sin volver el rostro.

—Bueno, no creas que quiero darme pisto, pero espera a verme actuar si quieres saber lo que es un buen domador. Hace seis años, cuando tú te marchaste, yo era el mejor domador del mundo. Ahora he estado ausente de la pista durante algún tiempo, pero te niéndote a ti volveré a ser el mismo de antes. Serás mi brazo derecho, este brazo que el maldito "gato" quiso llevárselo. ¿No te gustará verme trabajando con tigres y leones?

—Sí, señor—repuso el niño siempre en el mismo tono indiferente, casi agresivo.

—Dime, hijo mío, ¿por qué me llamas siempre señor? ¿Por qué no quieres llamarme papá como antes? Es decir, cuando eras pequeñito no me llamabas papá, sino papi. En aquellos tiempos yo era una persona muy importante y tu mamá la más hermosa trapezista del mundo. Ahora ella se ha ido para siempre, pero nos tenemos el uno al otro, ¿verdad, Stubby?

El tren había parado en una estación. Stubby, que durante todo el rato había estado dando muestras de creciente nerviosismo, al oír las últimas palabras de su padre que renovaban tristes recuerdos, no pudo contenerse y se levantó de súbito. Su padre creyó que iba al lavabo y le dijo sonriendo:

—Al final del vagón, Stubby...

Salió el muchacho pasillo adelante y un momento después Windy, que se había asomado a la ventanilla, le vio descender del tren y echar a correr. A Windy le faltó tiempo para descender a su vez y correr detrás de su hijo llamándole a grandes gritos.

—¡Stubby, Stubby!, ¿qué es eso? ¡Stubby! ¿Por qué has bajado del tren? ¿Por qué corres de esta manera? ¡Stubby! ¡Stubby, espérame!

Logró alcanzarlo cuando el niño se disponía a saltar la valla de la estación. Le cogió por un brazo, le obligó a volverse, le miró cara a cara. Desde el primer momento Stubby le había demostrado una hostilidad descarada, pe-

ro el infeliz Windy, ciego de alegría, no había sabido verlo. Ahora empezaba a sospechar algo terrible, pero no quería creerlo, no podía creer que aquel gesto de su hijo significase una repulsa, un intento de huida.

—Stubby, ¿dónde ibas? ¿Qué es lo que te proponías descendiendo del tren y echando a correr como un loco? No está bien eso que has hecho, no está nada bien. Te exponías a quedarte en tierra mientras yo seguía en el tren y a darme un disgusto de muerte.

El niño bajó la cabeza.

—Siento haberlo hecho, señor. Perdóneme—dijo fríamente.

—¡Oh, Stubby, no tienes que pedirme perdón por eso! No tiene importancia. Comprendo que tal vez te resulte un poco desagradable este viaje, pero...

—Vuelvo a pedirle que me perdone. He olvidado las órdenes del coronel Winslow...

—¿Órdenes?—repitió el padre estupefacto.

—Sí, señor.

No dijo más. Le volvió la espalda y lentamente, tristemente, subió de nuevo al tren. Su padre permaneció unos momentos inmóvil repitiendo una y otra vez la palabra con la cual su hijo acababa de herirle. En su cerebro acababa de hacerse la luz. Su hijo iba con él porque así se lo habían ordenado, porque la ley le había obligado a ir, no por su gusto. Aquel impulso casi ins-

tintivo de huida lo explicaba todo. La ley le había conferido el derecho a llevarse a su hijo, pero no el de obligar a éste que reconociese en él a su padre. Aquella mala mujer que un día le había arrebatado el cariño de su Cora había sembrado en el corazón de Stubby la semilla del odio. Con la muerte en el alma se acomodó Windy al lado del muchacho, y durante todo el viaje ni el padre ni el hijo se dijeron una sola palabra.

Cuando llegaron a Dubuke la función del circo ya había terminado y todo el mundo se había acostado. Windy y Stubby se encaminaron inmediatamente a su departamento. El muchacho seguía en un silencio hostil que el padre no se atrevía a romper por temor a hacerse aún más desagradable.

Stubby, en lugar de acostarse, se dispuso a escribir una carta. Windy le miró sorprendido y al leer en los ojos de su hijo una expresión de temor, como si el niño presintiese que no iba a dejarle hacer lo que quería, se apartó tristemente y Stubby terminó la carta y la leyó fragmentariamente, sobresaltado, temiendo a cada instante ver acercarse a su padre para arrebatársela. Era una carta dirigida a su tía y en ella le contaba todo lo sucedido durante el viaje. Su intento de huida y la persecución de su padre. Terminaba pidiéndole que fuera a buscarlo, que lo sacase de allí, que le librase de la pre-



sencia de aquel hombre odioso y antipático, que le hablaba de cosas que no le interesaban y pretendía ganarse hipócritamente su voluntad con un puñado de cacahuets. Le decía que el cuarto en donde le había acomodado era algo así como un vagón de carga de ferrocarril, oscuro, viejo y triste.

Aquella carta, que era un llamamiento desesperado, no hacía más que reflejar el estado de ánimo de Stubby durante las horas que siguieron a su primer encuentro con su padre.

Al fin, cuando la carta estuvo terminada, Stubby se dispuso a acostarse en una litera al lado de la de su padre. Empezaron a desnudarse y entonces tímidamente, humildemente, Windy trató de iniciar de nuevo la conversación interrumpida en el tren.

—Stubby—le dijo con voz dulce—. Todo esto debe parecerte feo y triste, pero es porque hemos llegado de noche. Ya verás mañana qué alegre resulta.

El niño, por toda respuesta, se metió en la cama y le volvió la espalda.

Entonces Windy se arrodilló al lado de la litera de su hijo.

—Stubby—siguió diciendo con voz cada vez más dulce, cada vez más triste—. ¡Stubby, hijo mío! Esta cama tal vez te resulte un poco dura, pero ya verás cómo te acostumbras en seguida.

Lo arropó cuidadosamente, luego continuó:

—¿No tendrás apetito, hijo mío? ¿Quieres que me llegue al carromato de Joe, el de la cantina, y le pida unas salchichas?

—No tengo hambre—repuso su hijo fríamente.

Hubo una corta pausa, al cabo de la cual Windy siguió hablando:

—Stubby, dirás que soy pesado, pero es que antes de acostarme quiero decirte una cosa. Hijo mío, tú estás enojado conmigo, ¿verdad? ¡Sí, sí, ya lo comprendo! Estás resentido con tu padre porque durante esos seis años no se ha acordado de ti, ¿no es eso? ¿Me creerás si te digo que he estado buscándote como un loco durante todo el tiempo? ¿Me creerás, Stubby, di, me creerás?

Silencio. El niño, vuelto de espaldas, arropado hasta la cabeza, permanecía quieto e inmóvil. Windy, creyendo que se habría dormido se incorporó un poco para verle el rostro y comprobó con indecible pena que su hijo estaba llorando.

—¡Stubby, hijo mío! ¿Por qué lloras? ¿No te gusta estar aquí conmigo? ¡Ah, ya comprendo! ¡Te acuerdas de tu madre! ¡Oh! No debes llorar, debes saber ser fuerte como un hombrecito que tú eres. Mamá está en el cielo y desde allí nos mira y nos bendice. Stubby, yo también la he llorado mucho, pero ahora...

Se interrumpió al ver que su hijo se

había incorporado en la cama y le miraba fijamente, con una mirada dura e inflexible, una mirada que más de una vez en un tiempo lejano, había sorprendido en los ojos de su cuñada.

—¡No hable usted de mi madre! ¡No hable usted de mi madre! —conminó casi gritando.

Windy se quedó aterrado. ¿Qué horrores habrían debido decirle a su hijo para que la simple mención del nombre de Cora le produjera una reacción de ira semejante?

—¡Stubby!—exclamó sin poder contenerse—. Alguien te ha llenado la cabeza de ideas equivocadas respecto a mí, y este alguien es una persona que me ha odiado siempre. Debes desecharlas, debes procurar por lo menos apartarlas de tu mente hasta que yo haya logrado demostrarte lo contrario, hasta que llegues a conocerme, sino sólo lograrás hacerte desgraciado. Yo no he sido malo con tu madre, te lo juro, un poco cabeza dura y amigo de divertirme, pero nada más, ¡nada más! La quise mucho y te quiero a ti con un cariño tan grande, tan grande, que no encuentro palabras con qué expresarlo. Hijo mío, tienes que creerme, debes creerme. Si alguna cosa mala hice en mi vida bien cara la he pagado. Mirame, Stubby. Soy tu padre y tienes que perdonarme como lo ha hecho tu madre desde el cielo. No puedo soportar que sigas considerándome como un ene-

migo. Déjame probarte que estás equivocado, dame una ocasión de demostrarte cuánto te quiero... ¡Mirame, Stubby, mírame!..

Pero Stubby no se volvió. No quiso atender la desesperada llamada de su padre. Su tía Marta había sabido moldear su carácter. Windy permaneció largo rato arrodillado junto a su litera llorando como un niño, implorando una palabra de cariño, y por toda respuesta hubo de oír los sollozos de su hijo que le sumieron en una desesperación sin límites. Al cabo de un buen rato oyó la voz del niño, que en lugar de consolarle continuaba acusándole implacable:

—Usted fué cruel con ella, la hizo desgraciada; tuvo que abandonarle porque no podía seguir viviendo a su lado. ¡Usted la mató! ¡Sí, sí, usted tuvo la culpa de que muriese!...

—¿Yo? ¡Stubby! ¡Stubby! ¿Sabes lo que dices?

En aquel momento se oyó la voz de Hastings llamando a Windy. Este se levantó rápido, se secó los ojos con el revés de la manga y salió a su encuentro. No quería que entrase y los viese llorando.

—¿Qué es eso, Windy? ¿Por qué no entrasteis a saludarme a mi despacho? He estado despierto esperándote y tú, entretanto, disponiéndote a ir a la cama. ¿Te has traído al niño? ¿Qué tal está? ¿Qué te ha dicho al verte? De-



be parecerle un sueño después de tanto tiempo de andar buscándolo por el mundo. ¿Está contento?

—¡Oh! ¡Ya lo creo! ¡Muy contento, muy contento! Hemos estado contando cuentos y chistes y nos hemos reído hasta llorar...

—Bien, bien. Me alegro de que el niño esté contento a tu lado. Ahora a

descansar y prepararte para el ensayo de mañana.

—¿El ensayo?

—Sí, hombre. Es necesario empezar lo más pronto posible. Quisiera que dieras algunas exhibiciones de tu número antes de irnos de Dubuke. El nuevo elefante es muy domesticable y tengo un tigre que es una maravilla. Sólo falta que te decidas...

\* \* \*

Todo era paz y reposo en la *ménagerie* del circo a aquellas horas de la noche. Camellos, búfalos, tigres, leones, leopardos, elefantes... todo aquel mundo de la selva trasplantado a la civilización por el poder despótico del hombre, dormía pacíficamente, resignado con su suerte.

De pronto apareció en la puerta de la tienda la silueta de un hombre. Miró a todos lados hasta que sus ojos encontraron la jaula en donde Firpo, el magnífico tigre de bengala, veía deslizarse tranquilamente las horas y los

días añorando tal vez tiempos mejores, cuando libre y feliz, dueño de su destino, corría por la selva. Aquel hombre era Windy, el antiguo domador, que volvía por sus fueros y se disponía a encararse de nuevo con su más temible enemigo.

Llevaba un látigo en la mano y sus ojos fijos en el hermoso animal tenían un brillo extraño. Avanzó resueltamente acercándose a la jaula. Las fieras, acostumbradas a vivir siempre con el oído alerta, oyeron en seguida los pasos del hombre y despertaron sobresal-

tadas. ¿Qué diablos venía a hacer allí aquel intruso con el látigo en la mano a altas horas de la noche? Su hora de trabajo había terminado y no era justo que viniesen a interrumpir su sueño. Con una sola mirada se pusieron todas de acuerdo para expresar su protesta, y en seguida la tienda, un momento antes tranquila y silenciosa, se llenó de ruidos. Por encima de ellos, fuerte, poderoso, estridente, como un reto, se elevó el rugido del tigre. Windy se estremeció de pies a cabeza, pero siguió avanzando hasta colocarse frente a la jaula de la fiera, quien al verlo, se lanzó contra los barrotes arrojando en sus rugidos.

El domador permaneció unos instantes inmóvil y silencioso, contemplando a la fiera, observando atentamente sus movimientos felinos y haciendo restallar el látigo. En seguida subió los escalones que conducían a la jaula y descorrió el cerrojo de la puerta.

Las miradas de la fiera y del hombre se encontraron. Windy hizo un supremo esfuerzo para sostener el fuego de aquellas pupilas verdes, febriles, pero no pudo y desvió la vista. El tigre pareció darse cuenta de que aquello significaba un principio de claudicación por parte de su enemigo y se dispuso a hacer prevalecer su poderío. Conocía las *caricias* de aquel látigo que Windy llevaba en la mano, y no estaba dispuesto a dejarse dominar por él.

Había leído el miedo escrito en los ojos del hombre y su instinto de fiera le había hecho comprender que la ventaja estaba de su parte.

Por dos veces intentó Windy abrir la puerta y entrar en la jaula y por dos veces hubo de retroceder rápidamente y volver a cerrarla por miedo a que el tigre saltase sobre él.

Rugía el tigre cada vez más fiero, cada vez más agresivo, lanzándose contra los barrotes de la jaula mirando fijamente al hombre como si quisiera sugestionarlo y enseñando los dientes para prevenirle de la suerte que le aguardaba si se atrevía a invadir su feudo, mientras que Windy se encogía medroso, vacilaba, retrocedía, sin atreverse a dar el paso definitivo.

Aquella lucha incruenta duró cerca de un cuarto de hora. Windy seguía haciendo restallar el látigo, pero sin atreverse a entrar en la jaula.

Las demás fieras del zoo empezaron también a alborotarse. Habían contemplado la escena y reclamaban su parte en aquel juego difícil y peligroso. Dos leones cansados de permanecer tranquilos e inactivos, decidieron luchar entre ellos lanzándose el uno contra el otro. Los monos empezaron a chillar escandalosamente mientras que un leopardo hembra miraba con ojos ávidos la triste figura de Windy lamentando no poder echarse sobre él y darle su merecido.



Al fin el hombre se dió por vencido. ¡Nunca, nunca se atrevería a encararse de nuevo con su temida fiera! Reconstruyó mentalmente la escena espantosa. Se vió a sí mismo en las garras del tigre luchando con él, sintió en su carne el dolor de las heridas y vió su cuerpo ensangrentado y moribundo hecho una piltrafa...

Soltó el látigo y se dispuso a marcharse. Antes de llegar a la puerta oyó una voz conocida que le llamaba:

—¡Windy, ven aquí!

Se volvió rápidamente. Hastings acababa de entrar en la tienda y se erguía ante él duro y retador. No parecía el mismo hombre que un rato antes se había despedido de él deseándole un buen sueño.

—¡Dan! He venido a probar, pero no puedo, ¡no puedo!

—¡Ven aquí, te digo!

Windy obedeció.

—¡Ahora coge de nuevo el látigo y entra en la jaula!

Los ojos de Windy expresaron un terror indescriptible.

—No, Dan, no. Te he dicho que no puedo. Es inútil todo, todo. He perdido el nervio, he perdido el valor, he perdido la fuerza... Volvería a atacarme, lo he visto en sus ojos... Dan, tú no sabes lo que es eso. Cuando la fiera comprende que uno tiene miedo estás perdido, perdido.

—No, Windy, no. Es necesario que

entres ahora mismo. Ahora o nunca. ¡Empuña el látigo y entra en la jaula! Yo estaré aquí para ayudarte...

Pero Windy no se movió, bajó la cabeza tristemente y se dispuso a salir de la tienda. Hastings le detuvo por el brazo.

—Hastings—suplicó Windy con voz lastimera—. Déjame marchar, te lo suplico, déjame apartarme de aquí. Acabo de decirte que todo es inútil. El miedo es más fuerte que mi voluntad de vencerlo.

—Está bien, escúdate en tu miedo para dejarme plantado. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—¡Dan! Perdóname. Te he engañado sin querer hacerlo. Creí que tendría el valor de afrontarlo y por eso, al oír que mañana empezábamos los ensayos, he querido probar... Es inútil todo. Windy ha muerto. ¡Dan, no me mires así! Si quieres que entre en la jaula lo haré, pero equivaldrá a un suicidio. Has sido muy bueno conmigo adelantándome dinero a cambio de mi palabra, pero yo te lo pagaré de una manera o de otra. Trabajaré en cualquier cosa a cambio de comida para mí y para mi hijo. En todo menos en lo que tú me pides. Limpiaré las jaulas, haré de portero, lo que tú quieras, Dan, lo que tú quieras...

—¡Pedazo de idiota! ¿Crees acaso que me acuerdo del dinero? ¿Quién piensa ahora en eso? Es por tu hijo,

¿comprendes? ¡Por tu hijo! Windy, por última vez te lo digo: coge el látigo, ¡coge el látigo, te he dicho! Prueba otra vez, una vez tan sólo, intenta siquiera acercarte de nuevo a la jaula del tigre.

—No puedo, Dan, no puedo.

—Coge el látigo, Windy, ven conmigo...

—No puedo, Dan, no puedo, te juro que no puedo...

—Tienes que hacerlo, Windy, tienes que hacerlo por tu hijo. Piensa en él y piensa en la mala pécora de Marta. Ella te lo arrebatará si no puedes demostrar que eres capaz de mantenerlo...

—No, no lo hará, Dan, no lo hará. El niño me pertenece ahora, por lo menos durante estos tres meses. Se bueno conmigo, Hastings, y déjame permanecer aquí con el niño. Son tres meses de vida, tres meses de vida al lado de mi hijo. Luego, si me lo quitan ya nada me importará morirme. Enton-

ces entraré en la jaula si quieres y me dejaré matar por el tigre. Dan, mírame, dime que aceptas, dime que me dejas quedar aquí con Stubby...

—¡Claro que te dejo! Si no te importa que tu hijo y todos los del circo vean al que fué un día el mejor domador del mundo limpiando las jaulas de las fieras, quédate enhoramala.

Windy bajó los ojos. Por primera vez en su vida Dan Hastings le había hablado duramente, cruelmente, como un enemigo, pero lo había hecho por su bien, por tratar de darle ánimos, para ver si lograba vencer el miedo insuperable. Windy había captado la intención oculta que había en los reproches de su amigo, y por eso y por todo lo que había hecho por él le estaba doblemente agradecido. Salió de la tienda sin que Dan intentase detenerle. Antes de entrar en su cuarto volvióse a oír el rugido del tigre que aun así, de lejos, hizo estremecer a Windy.



## CAPITULO VI

Transcurrieron los días y las semanas sin que Windy hubiese avanzado ni un solo paso en la conquista del corazón de su hijo. Stubby se mantenía en la misma actitud hostil e irreductible, y su padre se tragaba las lágrimas y sufría en silencio, temeroso de que si se atrevía a hacerle algún reproche estallase la cólera del muchacho, provocando una ruptura irremediable. Desde el día de la llegada, desde aquella escena penosa que procedió a su arribo al circo, no habían vuelto a tener ninguna conversación larga, limitándose sus relaciones a saludarse cada mañana al despertarse y dirigirse alguna palabra sin importancia.

Aquella mañana Stubby se había levantado de peor humor que nunca: había escrito una larga carta a su tía quejándose de todo, principalmente de su padre, de aquel pobre hombre que ningún mal le había hecho como no fuera adorarlo en silencio y mirarle de vez en cuando con expresión humilde,

como un perro que implora una caricia. El muchacho se mostraba irreductible y cada día que pasaba se afirmaba más en su idea de alejarse de allí antes de que hubiese transcurrido el tiempo reglamentario. Sentía una rabia sorda contra Windy y se habría asombrado mucho si alguien le hubiese preguntado el por qué de aquel sentimiento. Su padre no se emborrachaba, no se apartaba de su lado por la noche, no había levantado ni una vez su mano para pegarle, a pesar de las continuas humillaciones y desprecios a que le sometía, ni siquiera se había permitido quejarse por su actitud hostil. ¡El muy hipócrita! Pretendía ganarse su voluntad con falsas apariencias para lograr lo que se proponía. Estaba representando una indigna comedia. Pues bien, él no se dejaría engañar por las falsas apariencias. Si no podía marcharse de su lado antes de que hubiesen transcurrido los tres meses de prueba se resignaría, pero una vez de nuevo en el

colegio, proclamaría a gritos que todo intento de convivencia con su padre era absolutamente inútil, porque le resultaba odioso y aborrecible...

Salió Stubby de la tienda y empezó a deambular por el circo cabizbajo y malhumorado. Jeff, el negrito, su mejor amigo desde su llegada allí, le salió al encuentro para decirle que le tenía preparada una sorpresa. La sorpresa en cuestión era un hermoso perrito que Jeff acababa de traer para regalarle. La sorpresa y la alegría de Stubby al ver el animal fueron tan grandes que abrazó al negrito.

—¿Pero es de veras, de veras que me lo regalas? ¡Oh, Jeff! No puedes imaginarte lo que te lo agradezco. Siempre he soñado en tener un perrito. ¿De qué raza es?

—Hmmm, no lo sé muy bien, aunque me parece que es medio terrier. Por lo menos, su madre era una hermosa perra de raza...

—¿Cómo se llama el perro?

—No es perro, sino perra y se llama Violeta.

—¿Por qué no le llamamos Cleopatra? — propuso Stubby sonriendo. La presencia del negrito y el magnífico regalo que acababa de hacerle habían tenido la virtud de disipar su mal humor.

—¿Cleopatra? Mire usted, señorito Stubby, yo no habría tenido inconveniente en bautizarle con ese nombre,

pero da la casualidad de que es el de mi madre y...

—Hmmm — exclamó Stubby parodiando al simpático negro.

La perrita aquella sabía hacer mil gracias. Sabía sentarse sobre sus patas traseras y levantar las otras manteniéndose en aquella posición durante unos minutos. Sabía dar *la mano* y hacer que se dormía, sabía bostezar y hasta reírse, sabía hacer el borracho y estorcular, sabía saltar y hacer una infinidad de cosas más con sólo pedirselo. Jeff le hizo mostrar sus habilidades delante del nuevo amo y oyó conmovido los elogios que el niño le prodigó por su habilidad en amaestrar perritos. Stubby, alegre como unas castañuelas, cogió la perrita en brazos y empezó a acariciarla, llamándola cariñosamente por su nombre. El inteligente animal quiso demostrarle su adhesión lamiéndole la cara. A los cinco minutos el niño y el perro eran los mejores amigos del mundo.

Oculto tras unas lonas del circo, Windy, que se disponía a iniciar su duro trabajo de clavar estacas, había contemplado la escena. Su rostro se animó con una expresión de alegría inmensa al ver la entusiasta acogida que su hijo había dispensado al perrito.

Jeff y Stubby empezaron a andar en dirección a él sin haberlo visto. En su camino se tropezaron con Hastings, y el niño le mostró el perro.



—Mire usted, señor Hastings, mire usted lo que acaba de regalarme Jeff. ¿Puedo quedármelo, verdad?

—¡Claro que sí, muchacho!

—¡Oh, gracias, señor Hastings, muchas gracias por permitirme tenerlo! Es el mejor regalo que podía haberme hecho. Siempre he deseado tener un perro, pero ni mi madre ni mi tía me lo permitieron nunca.

—Un momento, Stubby. ¿Quién dijiste que te había regalado el perro?

—Jeff, Jeff me lo ha traído.

—¿Jeff? Si él te ha dicho esto te ha mentado descaradamente.

Se volvió hacia Windy que seguía medio oculto tras de las lonas y le llamó.

—Windy, ven aquí. ¿No es esta perrita la misma que encontramos en Dakosa hace tres semanas? ¿Y no es ésa también la perrita que has estado amaestrando durante todo este tiempo a escondidas de todo el mundo tal vez porque te daba vergüenza que vieran a un ex domador como tú amaestrando animales domésticos? Stubby, este par de embusteros te han engañado. No ha sido Jeff sino tu padre el que ha enseñado a esta perra a hacer todas esas moxadas. No tiene nada de extraño, antes lo hacía con los *gatos* y siempre había tenido mucho éxito.

Guiñó un ojo a Windy, dió un empujón a Jeff y se dispuso a marcharse contento de haber descubierto aquel

embuste, pero Stubby le detuvo. Acababa de dejar el perro en el suelo y su aspecto había cambiado.

—Señor Hastings, estoy pensando que el perro podría ser un estorbo y no me lo quedo. Ya hay por aquí bastantes animales paár que venga éste a aumentar el número.

No dijo más. Era suficiente... y demasiado. Cuando Hastings se dió cuenta de la *coladura* e intentó disculparse ante Windy vió que éste se alejaba enjugándose los ojos con el revés de la manga...

El chiquillo se fué a su tienda murmurando improperios contra Jeff por haber querido engañarle, contra su padre por haber acudido a aquel subterfugio para hacerle aceptar su regalo, contra la inocente Violeta por haberse dejado amaestrar de aquella manera tan estúpida, contra él mismo por haberse mostrado tan entusiasmado con ella, y hasta contra Hastings por haberlo descubierto todo. Se tendió en la cama jurando y perjurando que su padre no lograría conquistarle aunque intentase regalarle todos los perros del mundo. Oyó un ladrido y al mirar hacia la puerta de la tienda vió a la causante del enojo que acababa de entrar en el cuarto y le miraba con sus ojos inteligente.

—¡Sal de aquí, sal de aquí en seguida! — conminó incorporándose y amenazando al animalito.

Pero Violeta debía ser muy inteligente porque no se dignó hacerle el menor caso. En lugar de salir, lo que hizo fué acercarse a la cama de Stubby y ladrar nuevamente. Luego repitió una a una las gracias que unos minutos antes habían causado la admiración del muchacho. Este le miró por el rabillo del ojo y pese a sus propósitos de mostrarse inflexible no pudo menos de sonreírse. Volvió a ladrar el perro y volvió a exhibir sus habilidades. Después se paró mirando siempre a Stubby como diciéndole: "Anda, riéte un poquito que bien me lo merezco". El muchacho, que no le quitaba ojo, le dijo sonriendo:

—Ya sé lo que vas a hacer ahora. Ladrar, ¿no es eso?

Un minuto después la perra se había subido a la cama de Stubby. ¿Qué otra cosa podía hacer el muchacho sino cogerla en sus brazos y llenarla de caricias? Desde aquel momento y para siempre, Violeta se había ganado el corazón de Stubby a pesar de haberse dejado amaestrar "estúpidamente" por su padre.

La perrita se convirtió en la compañera inseparable de su amo. A ella dedicó el muchacho su mejores cuidados y dirigió todas aquellas palabras cariñosas que pugnaban por salir de sus labios y consagró todas las ternuras de su corazón ávido de cariño. A ella mostró también aquella hermosa

fotografía de su madre que guardaba celosamente en el fondo de su maleta temeroso de que su padre la encontrase y la destruyese como había maltratado el original con sus manos torpes y groseras...

Mientras tanto, las cartas del muchacho en las que seguía mostrando claramente su aversión por su padre, surtían el efecto apetecido. Marta acababa de oír de labios de su abogado la promesa formal de que después de aquellos tres meses el niño sería puesto definitivamente bajo su custodia desde el momento que el padre no sólo no había sabido ganarse el cariño de su hijo, sino que ni siquiera era capaz de ganar lo suficiente para su sostenimiento.

Stubby perdonó fácilmente al negrito el *tremendo* engaño de que había pretendido hacerle víctima. Siguió mostrándole la misma simpatía y en sus continuos viajes de un pueblo a otro se les vió siempre juntos. El muchacho, en lugar de dejarse acompañar por su padre, prefería ir en el carromato de Jeff. Precisamente en uno de esos viajes, una noche que llovía a cántaros y Stubby no podía dormirse, Jeff le contó algo que sumió al muchacho en un mar de dudas y cavilaciones. Habían empezado a hablar de lo difícil que era llegar a ser domador y Jeff le confesó en secreto que cuando entró en el circo había pretendido ser-



lo, pero hubo de desistir de su empeño.

—¿Y qué sucedió, Jeff? ¿Acaso no les gustaste a las fieras?

—Precisamente porque les gusté demasiado. La primera vez que me metí en la jaula, los *gatos* se empeñaron en comerme. Para ellos lo mismo da que la carne sea blanca o negra. Me resigné a verlos desde fuera de la jaula y a darles la comida. Y es que para llegar a ser un buen domador es preciso haber nacido valiente. Su padre fué de esos. ¡Si hubiese podido verle en sus buenos tiempos! Era el mejor entre los mejores domadores del mundo. Lo llevaba en la sangre, y las fieras, con sólo mirarle, se quedaban sumisas como perrillos falderos. El trabajaba con leones y tigres en una misma jaula y había que ver cómo lograba dominarles. El señor Windy había nacido en el circo y para el circo vivía. Su mamá de usted era diferente. No le gustaba el circo y siempre andaba pidiéndole al señor Windy que se retirase. Es por eso que nunca se entendieron demasiado bien, y fué una verdadera lástima porque ella era muy buena.

—¿Verdad que sí, Jeff, verdad que sí? En cambio mi padre fué siempre cruel con ella. Todo el mundo lo sabe.

—¿Cruel? ¡Oh, no, no! Yo no me atrevería a decir tanto. Era un poco amigo de divertirse y algunas veces se metía en una jaula borracho, en lugar

de irse a la cama, pero, aparte de eso, era más bueno que el pan y quería mucho a su mujer. Luego, cuando ella huyó con usted, él pareció que iba a volverse loco. Fué por eso que aquel maldito *gato* le jugó la mala pasada. Si no hubiese estado como estaba aquel día que entró en la jaula para ensayar el número del tigre y el elefante nunca habría perdido su brazo.

No hablaron más. Habían llegado al pueblo y Jeff saltó presuroso para empezar su trabajo. Stubby permaneció largo rato inmóvil, sin hacer caso de la lluvia ni del viento, ni de nada de lo que sucedía a su alrededor, atento sólo a repetirse mentalmente las palabras que Jeff acababa de pronunciar y que martilleaban en sus oídos. En el alma de Stubby se estaba entablando una lucha. Habría querido correr en busca de su tía Marta, pedirle que repitiese una a una las palabras que durante aquellos seis años le había estado diciendo diariamente contra su padre, sus brutalidades, su desamor, sus barvuconerías, sus vicios... La venda que hasta entonces le había estado cegando empezaba a caer de sus ojos y Stubby se empeñaba en mantenerla, porque en aquel instante, si hubiese tenido que creer en las palabras que acababa de decirle Jeff, habría sentido horror de sí mismo...

Un cuarto de hora después Windy entró como una tromba en el bar adon-

de la "troupe" había ido a refugiarse. Había estado buscando a su hijo inútilmente y corría al encuentro de Jeff para preguntarle si sabía algo. Temblaba como un azogado y su rostro estaba pálido como la cera. Por un momento creyó que su hijo había vuelto a huir. Se tranquilizó al ver que el muchacho estaba también en el bar, aunque para no mezclarse con toda la gente había ido a refugiarse en la habitación contigua.

—¡Qué susto me has dado, hijo mío! Creí que te habías perdido—dijo. No se atrevió a pronunciar la palabra *escapado* por temor a hacerle concebir la idea de fugarse.

—Siento haberle asustado, señor —repuso el muchacho en su actitud de siempre.

—No importa ahora. He venido a buscarte para llevarte al tren. Mañana por la mañana seguiremos el viaje por vía férrea con todo el circo. Nos acostaremos en las camas del tren y así no tendrás que despertarte. Todo está ya preparado...

Un minuto después se disponían a acostarse. Windy quiso ofrecerle a su hijo la litera de abajo, diciéndole que en ella sentiría menos frío, pero el muchacho la rechazó subiendo a la de arriba y desapareciendo tras los cortinajes. Empezó a desnudarse sentado en la cama y al ir a coger el pijama dentro la maleta, sus manos tropezaron

con un paquete envuelto en papel fino y atado con un lazo. El muchacho, extrañado, se apresuró a abrirlo y al ver el contenido no pudo retener un grito de sorpresa. Era el retrato de su madre, aquel retrato que él guardaba tan celosamente en el fondo de su maletín y al que una mano misteriosa había puesto un marco magnífico. Stubby comprendió en seguida quién era el autor de aquello. Miró entre los cortinajes a la litera de su padre y vió que éste había acabado de desnudarse y estaba abrochándose el pijama. El muchacho tuvo un momento de vacilación y en seguida, como obedeciendo a un impulso más fuerte que su voluntad, descendió a la cama de su padre. La sorpresa de Windy no fué menos grande que la suya al encontrar el retrato. Expresó un asombro tal que el muchacho no pudo menos de sonreírse.

Padre e hijo se miraron unos instantes en silencio. Luego el niño, bajando los ojos como si se avergonzase de aquel principio de claudicación en sus propósitos de mantenerse irreductible, murmuró:

—He querido darle las gracias por este marco. Es muy bonito.

Windy sonrió y miró a su hijo de manera inefable. En aquella mirada se leía un mundo de cariño. Stubby lo adivinó y volvió la cabeza para no ver los ojos de su padre.



—¿Te gusta? ¿De verdad que te gusta?

—Mucho...

—¿Verdad que era bonita tu madre? Yo la quise mucho, Stubby, mucho, aunque ella no lo creyó nunca. Me costó mucho convencerla de que se casase conmigo. Yo no era más que un bruto domador de fieras y ella era la mujer más bella y más delicada del mundo. Ella nunca me amó de verdad, pero me respetó siempre y se portó muy bien conmigo hasta que... Quisiera poder mostrarte una fotografía que nos hicimos de recién casados. Ella tan bonita como siempre, yo con mi uniforme flamante, con el pecho lleno de medallas, de falsas medallas, no vayas a creer... Todo el mundo miraba a tu madre y estoy seguro que todos los hombres me envidiaban por haberme casado con ella. Nunca me olvidaré del día de la boda. Llevaba un traje de tul que la envolvía como una nube y parecía que si uno se acercara para tocarla iba a desvanecerse. Llevaba también un velo blanco que la hacía aparecer todavía más hermosa. Nos costó un trabajo enorme encontrar azahares, pero al fin pudimos lograrlo y me habría gustado que hubieses podido verla con aquella corona... Nunca, nunca ha habido una mujer más hermosa y delicada que tu madre el día de nuestra boda. No guardo ningún retrato de ella porque Cora se lo llevó todo, pero no

lo necesito. La tengo aquí, en mi recuerdo y no se borrará nunca, nunca...

Hubo una larga pausa. Windy, ensimismado en sus pensamientos, no se dió cuenta de que acababa de realizarse un gran prodigio. Su hijo tenía los ojos llenos de lágrimas y a través de ellas miraba a su padre con una expresión de cariño inmenso. El corazón de Stubby, que sin que él mismo se diera cuenta había estado luchando contra un sentimiento irreprimible de cariño hacia su padre desde el primer momento de su encuentro, acababa de claudicar enteramente. Ahora sólo quería que los labios de Windy le confirmasen lo que unas horas antes le había afirmado Jeff para estrecharse contra él y pedirle perdón por todo lo que había hecho, decirle que le quería, que su bondad y su dulzura y su cariño callado y humilde habían vencido...

—¿Cómo... cómo perdió su brazo? —balbuceó el muchacho sin atreverse casi a mirarle.

—¡Oh, hace de esto tanto tiempo que casi no me acuerdo!—repuso el padre sonriendo—. Seguramente debí emborracharme un poco y perdí el sentido... Yo estaba muy triste aquel día, muy triste y...

—¿Por qué estaba usted tan triste? ¿Porque nosotros nos habíamos ido?

—Sí, tal vez era por eso, no recuerdo ahora...—evadió.

Stubby se estremeció.

—Tengo frío—dijo.

—Será mejor que dejemos las conversaciones para otro día y te vayas a la cama...

Entonces el niño dijo algo que el padre creyó haber entendido mal. Dijo que deseaba quedarse allí, junto a su padre, en su litera, que quería dormir con él aquella noche, y Windy se quedó mirándole, mirándole sin acabar de creer que fuera cierto. Fué necesario que el muchacho se metiese entre las

sábanas de su lecho y se arropase en ellas para que Windy se decidiese a creerlo. Cuando los dos estuvieron acostados, los ojos del padre todavía siguieron mirando a Stubby con una mirada húmeda y temerosa... Entonces Stubby se acercó a él y echándole los brazos al cuello besó aquel rostro curtido y apoyó su cabeza sobre su pecho, murmurando dulcemente:

—Papá, papá, perdóname, yo no sabía, no sabía lo bueno que eres...

\* \* \*

Media hora después, Hastings sufrió un gran sobresalto al ver entrar a Windy en su departamento y dirigirse a él en actitud que al primer momento le pareció amenazadora, tan exaltado parecía. Sólo cuando oyó las palabras que salieron de su boca, comprendió que había motivo para aquella exaltación, aunque tal vez no tanto para que le despertase.

—Dan, he decidido hacer el número

del fuego con el tigre y el elefante. Quiero estar en condiciones para presentarlo en Evanston, antes de que aquella bruja me quite el niño.

—¿Y para eso has venido a despertarme? ¿Qué tiene que ver el niño con tu número? ¿No has dicho tú mismo que Stubby no te quiere? ¿Que está deseando marcharse? ¿Te has vuelto loco de repente?

—No, no; el niño me quiere, me



quiere... Acaba de decírmelo, todo ha cambiado ahora para mí. Soy otro hombre. Estoy loco, sí, loco, pero de alegría. No me mires así que no me como a nadie. Dan, quiero entrar ahora mismo en la jaula. ¿Lo oyes? Ahora mismo. No quiero perder ni un minuto más en discusiones inútiles.

—¿Pero no oyes cómo truena? Está lloviendo a cántaros. Anda, vete a la cama, arrópatate bien y trata de dormir. Mañana será otro día.

—Eso es precisamente lo que no quiero hacer, marcharme a la cama. Si ahora me acuesto no podré pegar ojo y mañana no seré capaz de acercarme a la jaula del tigre. Ha de ser esta misma noche, ahora mismo. No me digas que es imposible, porque vuelvo a ser el Windy de antes y para él lo imposible no existe.

Y antes de que Hastings hubiese tenido tiempo de detenerle echó a correr, descendió del tren y corrió hacia el vagón donde se hallaban las fieras.

Llovía torrencialmente, pero ni el mismo diluvio habría sido capaz de detener a Windy. Los gritos de Hastings no lograron hacerle retroceder, pero sí lograron despertar a todo el mundo, incluso a Stubby, que al ver

que su padre no estaba en la litera saltó de la cama, se vistió apresuradamente y salió al corredor para enterarse de lo que sucedía. A sus oídos llegó la voz de Hastings que se desgañitaba gritando inútilmente:

—Windy, Windy, ¿estás loco? ¿Cómo pretendes meterte en la jaula del tigre esta misma noche? ¿No sabes que las fieras sienten la tormenta? ¡Windy, por San Roque y por Santa Agueda, atiéndeme! Espera por lo menos a que sea de día. Te prometo dejarte meter en todas las jaulas que quieras si esperas sólo algunas horas.

El muchacho bajó del tren y corrió desolado hacia ellos. Llegó a tiempo de ver a su padre empuñar el látigo y subir al vagón para disponerse a entrar en la jaula del tigre. Entonces corrió al lado de su padre y se cogió a sus piernas gritando desesperadamente:

—¡Papá, papá, no entres, tengo miedo!

—Stubby — repuso éste cogiéndole por la barbilla y obligándole a mirarle—. Estate aquí cerca y cuando veas que estoy dentro de la jaula sonríeme, Stubby, sonríeme. Si lo haces así no te sucederá nada a tu padre, te lo juro...

## CAPITULO VII

Los días que sucedieron a aquella noche memorable fueron para Windy un paraíso de ventura. Ahora, sólo ahora, podía decir verdaderamente que había recobrado a su hijo. Todo quedó olvidado: los seis años de búsqueda infructuosa, los desprecios de Stubby, las lágrimas derramadas, el dolor de verse tratado como un enemigo por el ser que más quería en el mundo. Aquellos dos seres separados por un abismo de rencores y odios habían vuelto a encontrarse y ahora para siempre, ¡para siempre! La prueba había sido dura y difícil, pero el gran amor de Windy, su bondad sin límites, su paciencia evangélica habían triunfado de ella. Stubby era ahora suyo, enteramente suyo. ¡Que viniera Marta a disputárselo si se atrevía! Con uñas y dientes defendería Windy lo que era suyo. Y si la ley pretendía hacer caer sobre él una sentencia implacable, pues bien, contra

ella se defendería huyendo con su Stubby al fin del mundo, allí donde los hombres no pudieran llegar para arrebatárselo.

Pero no. La ley nada tenía que hacer ya en aquel asunto. Stubby estaba dispuesto a proclamar ante todo el mundo que quería a su padre, que aceptaba ponerse bajo su custodia, que estaba dispuesto incluso a dejar la escuela y seguirle en aquella vida trasahumante y aventurera que empezaba a atraerle con una fuerza irresistible. Y, por otra parte, Windy había vuelto a encontrarse a sí mismo. Ya nadie podría probar que no era capaz de mantener a su hijo porque "el mejor domador del mundo" había vuelto a encarnar en aquel hombre mutilado y algo envejecido, pero fuerte aún para imponerse a las fieras con la fuerza de su valor y de su magnetismo. Después de haber triunfado de la prueba del tigre, después de haber asombrado



aquella noche inolvidable, bajo el fragor de la tormenta, a toda la gente del circo que había acudido a las voces de Hastings, entrando en la jaula del tigre y dominándole, sojuzgándole, rindiéndole hasta convertirle en un esclavo suyo, Windy había triunfado también de la prueba del fuego. Por fin el número soñado, que tan caro le había costado, había podido llevarse a efecto. Ahora, después de repetidos y afortunados ensayos, se disponía a presentarlo al público. Era por eso que aquella noche se habían despachado todas las localidades en el circo de Hastings y todavía una multitud enorme había quedado en la calle sin poder entrar en él, ávida de presenciar el sensacional espectáculo.

Nadie habría reconocido en aquel hombre alto y fuerte, vestido con un uniforme flamante, que sonreía complacido mirándose al espejo, al Windy de los últimos tiempos envejecido y pobre, sucio y triste que deambulaba por el circo de Hastings ocupándose en los menesteres más bajos. La felicidad había hecho de él un hombre nuevo, mejor dicho, el hombre que había sido antes de la desgracia.

¡Con qué legítimo orgullo se ocupaba Stubby de los últimos detalles de la *toilette* de su padre! Le colocaba bien las medallas, le cepillaba la americana, daba lustre a las altas botas de montar que lucía el autor de sus días.

Cuando todo estuvo terminado, padre e hijo se abrazaron estrechamente. Aquel era el día de la gran prueba y si sabía triunfante, su felicidad estaba asegurada.

El rostro oscuro y expresivo de Jeff apareció en la puerta de la tienda. Miró embelesado el cuadro formado por Windy y su hijo y haciendo bailar sus ojos saltones avisó:

—Señor Shaughanessy, faltan diez minutos.

—Bien, bien—repuso éste sonriendo.

Cogió el rostro de su hijo entre sus manos y se lo quedó mirando un largo rato con una expresión de cariño inmenso. De pronto frunció el ceño. Acababa de ver que los ojos del niño se habían ido llenando de lágrimas.

—¿Qué es eso, Stubby? ¿Estás llorando?

—No, papá — repuso el niño sonriendo entre lágrimas—. Es el brillo de las medallas y de las botas que se refleja en mis ojos...

—¡Hmmm!—murmuró el padre dándole un tironcito de orejas.

Volvió a aparecer Jeff, esta vez para acercarse a Windy y preguntarle misteriosamente:

—¿Son todas de charol?

Aludió a las espléndidas botas que lucía el domador.

—Sí.

—¿Qué número calza?

—El cuarenta y dos, pero no te ha-

gas ilusiones que no vas a heredarlas, Anda, ve a ver qué hace el tigre y vuelve a decirme qué cara pone.

Salió el negrito y padre e hijo volvieron a quedar solos. Windy estaba resplandeciente de gozo, no así su hijo, que a medida que se acercaba la hora del espectáculo iba entristeciéndose. Su padre lo notó y quiso tranquilizarle.

—¿Vamos a ver, Stubby? ¿Por qué pones esa cara? ¿Te parece bien lo que estás haciendo conmigo? En lugar de animarme se te ocurre poner un aspecto de funeral capaz de meterle miedo en el cuerpo al más valiente. ¿Acaso los ensayos no han salido perfectamente?

—Sí, papá, sí, pero...

—Stubby, voy a decirte una cosa y procura metértela en la sesera a ver si así logras tranquilizarte. Mientras te tenga a ti, mientras pueda verte a ti a través de los barrotes de la jaula sonriéndome como hiciste aquella noche, no habrá fiera que pueda conmigo, te lo juro. Nadie mejor que yo sabe lo que hay dentro de mí. Sólo si tú me fallases, si llegases a abandonarme...

—¿Fallarte yo, papá? —exclamó el niño con un grito salido del fondo de su alma—. ¿Abandonarte yo? ¡Nunca, padre, nunca!...

Volviéron a abrazarse. Los labios de Stubby volvieron a sonreír aunque sus ojos estuvieran llenos de lágrimas. Eso

era lo que quería su padre. Que le sonriesen aquellos labios queridos. Mientras no le faltase el amor de su Stubby, Windy se sentía capaz de desafiar la fiera de todos los animales de la selva.

—Stubby, procura sonreírme de esta manera mientras estoy haciendo el número si no quieres que el tigre me juegue una mala pasada. He procurado atiborrarle bien, pero no tendría nada de extraño que quisiera probar el sabor de mi carne —dijo Windy con buen humor creciente, estrechando a su hijo contra su pecho—. Ahora, hijo mío, recuerda que tú y yo...

No pudo terminar la frase. Un rostro de mujer acababa de aparecer en la puerta de la tienda. Aquella mujer era Marta, el ángel malo de Windy, la causa de todas sus desgracias. Marta, la austera, la inflexible, que venía a reclamar su presa. Y su presa era Stubby, aquel niño sin la ayuda del cual el mutilado Windy era como si careciese de los dos brazos.

El niño, al ver a su tía, corrió a abrazarla. La había querido siempre y seguía queriéndola a pesar de todo. En su corazón de niño no cabían ya más rencores. Quería que fuesen compatibles el amor a su padre y el cariño a su tía...

La odiada mujer abrazó a Stubby como si tomase posesión de él y acariciando su rubia cabeza le dijo:



—He venido a buscarte, José.

—¡Oh, tía! ¿Acaso no has recibido mi última carta en la que te decía que no vinieras a buscarme, que estaba muy bien aquí con mi padre?

—José, he venido a buscarte—repitió la mujer, impasible, sin que se moviese ni un solo músculo de su rostro duro.

—Pero, Marta—balbuceó Windy. La presencia de la mujer odiada había sido suficiente a desconcertarlo por completo. El temible y valiente domador de fieras volvía a sentirse tan intimidado ante ella como seis años antes, cuando por su cobardía y debilidad dejó que le arrebatara los dos seres que más quería en el mundo.

—El juez decidirá este asunto. Entretanto, tengo pruebas sobradas para atestiguar que el niño no está bien contigo y debe quedar bajo mi custodia.

—Marta, tú no puedes llevarte al niño porque me pertenece. Es verdad que mañana terminan las vacaciones, pero Stubby no quiere abandonarme. Además, ahora ya puedo mantenerle. Vuelvo a ser el mejor domador del mundo y vamos a ganar un dineral con el número que presento esta noche. No me mires así, Marta, no me mires así que me recuerdas aquella noche en que te llevaste a mi Cora y a Stubby y me entran deseos de cometer una locura. Marta, esta vez no te saldrás con la tuya. El niño es mío, me pertenece por en-

tero. Yo soy su padre, me quiere y puedo demostrar que soy capaz de mantenerlo.

—Preferiría verle muerto antes que verlo bajo tu custodia —murmuraron los labios implacables.

—No digas eso, Marta, que trae mala suerte. Cuando Cora y yo nos casamos dijiste estas mismas palabras y mira el resultado.

—¿Y dónde está ella ahora, dónde? En el sepulcro, adonde tú la llevaste...

—¡Tía Marta!—gritó el niño dolorido—. ¡Tía Marta, no digas eso!... No digas eso...

—Sí, sí, tu padre la mató, porque cuando huyó de él, ella iba ya herida de muerte. Llevaba ya la muerte en el alma. El había destrozado su vida y fué el causante de su muerte, como si con sus propias manos hubiese cortado la cuerda del trapezio...

—Siempre serás la misma mala pécora, enredadora, lengua de víbora—gritó más que dijo Windy perdido ya todo sentido de cordura. Con uñas y dientes se había propuesto defender la posesión de su hijo y con uñas y dientes iba a rescatarlo de las garras de aquella mujer. Antes se dejaría matar que dejarse arrebatarse a su hijo.

—¿Acaso he dicho nunca algo que no sea la pura verdad? ¿Quién fué el que hizo desgraciada a mi hermana? ¿Quién fué el que la tuvo siempre

abandonada? ¿Quién fué el que la mintió constantemente? ¿Quién fué el que llegaba a su casa borracho?

—¡Pero, Marta, todas esas cosas pertenecen al pasado! Todo está muerto y enterrado. ¿Por qué resucitarlo ahora?

—Un pasado que sigue acusando, que acusará siempre y por eso no te atreves a mirarlo cara a cara.

—¡Marta! ¡Cállate ya, si no quieres que haga un disparate!

Pero Marta no se callaba. No temía la ira de Windy. También ella se sentía dispuesta a desafiarlo todo con tal de rescatar a su sobrino de las garras de su padre. Los dos se disputaban la misma presa y obraban impulsados por los mismos sentimientos. Los dos querían al niño y los dos se odiaban a muerte.

—José, José, ¿qué te ha hecho este hombre para cambiarte de esta manera? —dijo despreciando al padre y volviéndose hacia el hijo—. ¿Has olvidado lo que te he dicho tantas veces? ¿Has perdido la memoria? ¿No te acuerdas ya de tu madre?

El infeliz Stubby se retorció las manos, lloraba desesperadamente, miraba con los ojos desorbitados aquel par de seres queridos que luchaban uno contra el otro con dos fuerzas iguales. La fuerza que les daba el amor que ambos le profesaban. Tenía, sí, la conciencia de una cosa. La conciencia de que Marta atacaba y su padre se de-

fendía y que ambos decían unas cosas terribles, y que su tía volvía a hablar un lenguaje casi olvidado de odios y rencores...

—Tía Marta—exclamó al fin interponiéndose entre ellos temeroso de que sucediese algo irremediable—. Yo la quiero mucho, mucho, pero también quiero a mi padre...

—No puedes querernos a los dos. No puedes querer a la vez a la hermana de tu madre y a su asesino.

—¡Tía Marta!

—No digas eso, Marta, no digas eso delante de mi hijo...

Pero Marta no le oía. Había perdido ya la noción de sí misma. Siguió repitiendo, enajenada, la misma palabra terrible: "Asesino, asesino, asesino"...

Hasta que la manaza de Windy cayó sobre su rostro haciéndola enmudecer. El golpe fué tan fuerte que la mujer cayó al suelo cubriéndose el rostro golpeado con las manos y soltando un grito de dolor. El niño, que había presenciado la escena horrorizado, cayó de rodillas junto a ella y empezó a abrazarla desesperado, llorando amargamente.

—Tía Marta, tía Marta...

Se revolvió contra su padre. Por un momento Windy volvió a leer en los ojos de su hijo aquella expresión de odio tan temida. Bajó la cabeza, incapaz de resistir la mirada de su hijo.



Pasado el primer momento de arrebató, se daba perfecta cuenta de lo que había hecho y las consecuencias funestas que aquel acto violento podía acarrearle.

—¡Marta! —murmuró con voz humilde—. Perdóname, no quise hacerte daño. Fué un momento de ceguera, perdóname, perdóname. No supe lo que me hacía...

Se volvió hacia su hijo que seguía arrodillado al lado de su tía, abrazado a ella y llorando.

—Stubby, te juro que no sabía lo que me hacía. Fué un momento de arrebató del que estoy arrepentido.

Los ojos del niño volvieron a mirarle con expresión rencorosa. Windy lo comprendió todo. Después de aquel acto de violencia, ¿cómo podría atreverse a desmentir las terribles acusaciones de Marta? ¿Cómo podría convencerle de que nunca, nunca había levantado su mano contra su mujer, sobre aquella atormentada Cora, enferma de histerismo y de pasión de ánimo que había querido abandonarle para ir a morir tristemente sobre la arena de un circo?

En aquel momento la cabeza del negro volvió a asomar por la puerta de la tienda.

—Señor Shaughanessy, listo para salir...

Al mismo tiempo se oyó la voz de

Hastings, que allá en la pista se disponía a anunciar el espectáculo.

—Señoras y señores. Ha llegado el momento de presentar el número sensacional del espectáculo, nunca presentado hasta ahora en circo alguno. El capitán Miguel Shaughanessy, el gran domador, presentará su número cumbre... obligando, con las únicas armas de su bravura y arrojo, a trabajar juntos, por primera vez en la historia del circo, a un elefante y su natural enemigo, el tigre de bengala, obligándoles a pasar a través de un arco de fuego...

Echó una mirada a la tienda de Windy y vió que éste avanzaba hacia la pista. Con sólo verle comprendió que algo terrible había sucedido. Shaughanessy no era el mismo hombre de los últimos días, cuando en presencia de los compañeros de circo entraba en la jaula altivo y arrogante para ensayar su número. Era el Windy abatido y triste. El color había huído de su rostro y de sus labios. Avanzaba encorvado, como si de repente hubiese envejecido veinte años, y con su única mano iba enjugándose el sudor que perlaba su frente. Al pasar junto a él notó que tenía los ojos llenos de lágrimas y que sus labios temblorosos iban murmurando el nombre de su hijo.

—¿Dónde está el muchacho? — le preguntó al ver que Stubby, que debía

seguirle para colocarse junto a la jaula, no aparecía.

Pero Windy no le contestó. Tal vez ni le oyó siquiera. Siguió avanzando hacia la jaula y entró en ella como un autómeta...

Los espectadores que aquella noche habían acudido al circo tuvieron ocasión de presenciar una escena emocionante. Casi todos sabían que seis años antes aquel mismo hombre había sido destrozado por el tigre al pretender ensayar por primera vez aquel número que ahora iba a presentar ante ellos. Durante unos minutos inolvidables el público, aterrorizado, creyó que la espantosa suerte iba a repetirse.

En efecto, el elefante se prestó, sumisamente, a hacer todos los juegos que Windy le ordenaba látigo en mano, pero cuando fué soltado el tigre y el magnífico animal apareció en la jaula grande, empezó a dar señales de impaciencia y desasosiego, sin mostrar, no obstante, agresividad ninguna. El tigre sí. El tigre vió, desde el primer momento, que el temible domador no estaba en las mismas condiciones que unas horas antes, cuando habían hecho el ensayo definitivo, y un oscuro instinto de venganza le dictó la regla de su conducta. Casi en seguida de haber entrado en la jaula demostró abiertamente su propósito de no obedecer aunque el domador le castigara haciendo caer el látigo sobre su espalda. Windy logró

imponerse un instante sobre él, haciéndole subir al lomo del elefante, el cual, al sentir su carga empezó a andar hacia el arco de fuego, obediente al mandato del domador...

Pero entonces el tigre dió un salto prodigioso y se lanzó a los barrotes de la jaula y de allí al suelo. Había expresado su voluntad de desobedecer y no estaba dispuesto a doblegarse. Más aún, estaba dispuesto a desafiar a aquel hombre que se había atrevido a castigarle.

Hastings, que se había acercado a la jaula y contemplaba ávidamente la escena, comprendió que Windy estaba perdido. En los ojos del domador había visto reflejado el miedo insuperable. Tenían la misma expresión de aquella noche en que intentó vanamente hacerle entrar en la jaula. En seguida los acontecimientos vinieron a demostrarle que no estaba equivocado. Windy, perdido ya el control de sí mismo, no se preocupaba de hacerse obedecer, sino de defenderse. Había soltado el látigo y se había apoderado de una silla tras de la cual intentaba vanamente protegerse del inmediato ataque del tigre. La colisión era ya inevitable, y viendo aquel hombre acobardado y mutilado retrocediendo lentamente y mirando a todos lados con ojos de loco no era difícil predecir quién sería el vencedor en la lucha. También el público lo comprendió así



y dándose cuenta del peligro que corría el domador gritó aterrorizado...

Entonces se vió salir del interior del circo a un muchachito de unos nueve años que corría en dirección a la jaula gritando desesperadamente y levantando los brazos. Hastings y todos los que se habían agrupado en torno a ella dando instrucciones a Windy y tratando de animarle inútilmente, se apartaron para dejarle el paso franco. Aquel niño se agarró fuertemente a los barrotes de la jaula y siguió gritando enajenado, loco, como si quisiera derribar aquel obstáculo que se interponía entre él y el hombre que dentro de la jaula esperaba el momento en que el tigre saltase sobre él, sintiendo ya sobre su carne el dolor de las heridas... Los ojos del niño estaban llenos de lágrimas, pero no lloraba, al contrario, ¡reía! Sus labios estaban contraídos por una sonrisa que casi parecía una mueca...

—Papá, papá, estoy aquí otra vez. Te estoy mirando, te estoy sonriendo. Papá, tienes que vencer, tienes que vencer, si no se me llevarán lejos, lejos de ti y yo quiero quedarme a tu lado para siempre, para siempre...

Y así fué cómo Windy logró reaccionar en el preciso momento en que el tigre, seguro ya de su triunfo, iba a saltar sobre su presa. Tigre y elefante pasaron juntos el arco de fuego. Los ojos del tigre habían apagado su fiebre. Había vuelto a sentir sobre él la superioridad del hombre. Windy había triunfado una vez más.

El público, puesto en pie, tributó al mejor domador del mundo el aplauso más grande de su carrera artística. Windy salió de la jaula y se dejó zarrandear, se dejó pasear en hombros por sus compañeros, se dejó abrazar por Hastings, por Jeff, por las lindas trapicistas... No se daba cuenta de nada, ni sabía dónde estaba. Sólo cuando sintió los brazos de su hijo enroscándose a su cuello y oyó la voz adorada repitiendo las palabras inefables de un momento antes y sintió la presión de sus labios sobre sus mejillas, volvió en sí de aquella especie de sopor en que se hallaba sumido y cogiendo a Stubby con su único brazo, lo levantó en vilo para presentarlo al público, como un trofeo de victoria, la única victoria, para alcanzar la cual, había luchado y había vencido.

FIN

# COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

## La Novela Semanal Cinematográfica

### LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre.	Virgenes modernas.	Mar de fondo.	La zarpa del jaguar.
El gran desfile.	El pagano de Tahití.	La llama sagrada.	Los amores de José Mo-
Miguel Strogoff, o el	Estrellas dichosas.	La ley del harén.	jica (fuera de serie).
Correo del Zar.	La senda del 98.	La fruta amarga.	El caballero de la noche.
La princesa que supo	Esto es el cielo.	Vidas truncadas.	Arsène Lupin.
amar.	Espejismos.	La fiera del mar.	La dama del 13.
El coche número 13.	Evangeline.	Tabú.	Amor en venta.
Sin familia.	Orquídeas salvajes.	El pasado acusa.	El pecado de Madelón
Mare Nostrum.	El caballero.	Papá piernas largas.	Claudet.
Nantás, el hombre que se	El egoísmo.	Trader Horn.	La casa de los muertos.
vendió.	La máscara del diablo.	Un yanqui en la corte	Titanes del cielo.
Cobra.	El pan nuestro de cada	del rey Arturo.	El proceso Dreyfus.
El fin de Montecarlo.	día.	El código penal.	La vida de un gran artista
Vida bohemia.	Vieja hidalga.	La pura verdad.	El último varón sobre la
Zazá.	Posesión.	Maternidad, o el derecho	tierra.
¡Adiós, juventud!	Tentación.	a la vida (fuera de se-	Fantomas.
El judío errante.	La pecadora.	ría).	Violetas imperiales.
La mujer desnuda.	El beso.	Carbón (La tragedia de	Teresita.
La tía Ramona.	Ella se va a la guerra.	la mina).	La película de las estre-
Casanova.	Los hijos de nadie.	Estudiantina.	llas, Grand Hotel (fue-
Hotel Imperial.	El pescador de perlas.	Las peripecias de Skippy.	ra de serie).
Don Juan, el burlador de	Santa Isabel de Ceres.	¡Qué viudita!	Soy un fugitivo.
Sevilla.	Las dos huérfanas.	El camino de la vida.	Hollywood al desnudo.
Noche nupcial.	La canción de la estepa.	Noches de Viena.	Sangre roja.
El séptimo cielo.	El precio de un beso.	Mamá.	El doctor X.
Beau Geste.	La rapsodia del recuerdo.	Eran trece.	Emma.
Los vencedores del fuego.	Delikatessen.	Cheri-Bibi.	Primavera en otoño.
La mariposa de oro.	Del mismo barro.	Bésame otra vez.	El hijo del destino.
Ben-Hur.	Estrellados.	Camarotes de lujo.	Ella o ninguna.
El demonio y la carne.	Cuatro de infantería.	Los hijos de la calle.	El enemigo de la sangre.
La castellana del Líbano.	Olimpia.	La divorciada.	El azul del cielo.
La tierra de todos.	Monsieur Sans-Gené.	Madame Satán.	El monstruo de la ciudad.
Tripoli.	Sombras de gloria.	¿Cuándo te suicidas?	El hombre que se reía
El rey de reyes.	Mamba.	Marianita.	del amor.
Sangre y arena.	Molly (la gran parada)	El carnet amarillo.	Susan Lenox.
La ciudad castigada.	El valiente.	Honrarás a tu madre.	Mercado de mujeres.
Águilas triunfantes.	¡De frente... marhen!	Su última noche.	Manos culpables.
El sargento Malacara.	Prim.	Las alegres chicas de	La princesa se divierte.
El capitán Sorrell.	El presidio.	Viena.	La mano asesina.
El jardín del Edén.	Romance.	¡Viva la libertad!	El rey de los gitanos.
La princesa mártir.	El gran charco.	Salvada.	El sargento X.
Ramona.	Tempestad.	El tentante del amor.	Los seis misteriosos.
Dos amantes.	El dios del mar.	Deliciosa.	Esta edad moderna.
El príncipe estudiante.	Anne Christie.	Cielo robado.	La novia de Escocia.
Ana Karenine.	Sevilla de mis amores.	Amargo idilio.	Besos al pasar.
El destino de la carne.	Horizontes nuevos.	Honor entre amantes.	El mayor amor.
La mujer divina.	La incorregible.	Para alcanzar la luna.	El expreso fantasma.
Alas.	El malo.	El hombre que asesinó.	Al despertar.
Cuatro hijos.	El pavo real.	¡Ríndase!	El robo de la Monna Lis-
El carnaval de Venecia.	Bajo el techo de París.	La calle.	sa (La Gioconda).
El ángel de la calle.	Wu-li-chang.	El prófugo.	La edad de amar.
La última cita.	Montecarlo.	Milicia de paz.	Salvada.
El enemigo.	Camino del infierno.	Amores de medianoche.	Divorcio por amor.
Amantes.	¡Mío serás!	La hermana San Sulpicio.	Corazones sin rumbo.
La bailarina de la Opera.	¡Aleluya!	La dama misteriosa.	Corazones valientes.
Moulin Rouge.	La mujer que amamos.	Los clavetes de la Vir-	Irusta-Fugazot-Demare
Ben Alf.	Al compás de 3-4.	gen.	(fuera de serie).
Los cuatro diablos.	La princesa enamorada.	Pareja de baile.	Los tres mosqueteros
¡Rie, payaso, ríe!	Amanecer de amor.	Al Capone (Pánico en	(Los Herretes de la
Volga, Volga.	El gran desfile (edición	Chicago).	reina).
La sinfonía patética.	popular).	Mi último amor.	Milady (Segunda parte de
Un cierto muchacho.	Du Barry, mujer de pa-	Muchachas de uniforme.	Los tres mosqueteros).
¡Nostalgia!	sión.	Marido y mujer.	Esclavitud.
La ruta de Singapore.	Angeles del infierno.	Mata-Hari.	La ale 42.
La actriz.	Cuerpo y alma.	Congorila (fuera de se-	Las dos huérfanitas.
Mister Wu.	El impostor.	rie).	Cabalgata.
Renacer.	Esposas a medias.	Carceleras.	Secretos.
El despertar.	Esclavas de la moda.	Erase una vez un vals.	La feria de la vida.
La melodía del amor.	Petit Café.	Hombres en mi vida.	Una morena y una rubia.
Las tres pasiones.	Hay que casar al príncipe.	Niebla.	Como tú me deseas.
Cristina, la Holandesita.	Inspiración.	Rebeca.	El relicario.
¡Viva Madrid, que es mi	El proceso de Mary Du-	Indeseable.	El amor y la suerte.
pueblo!	gan.	Tarzan de los monos.	Una viuda romántica.
Sombras blancas.	Marruecos.	El terror del hampa.	Rasputin y la Zarina.
La copla andaluza.	En cada puerto un amor.	La vuelta al mundo por	Susana tiene un secreto.
Los cosacos.	¿Conoces a tu mujer?	ouglas Fairbanks.	20.000 años en Sing Sing.
Icaros.	El millón.	Chica bien.	Huérfanos en Budapest.
El conde de Montecristo.	La mujer X.	Recién casados.	¿Milagro?
La mujer ligera.	Gente alegre.	Champ (El campeón).	Vivamos hoy.



Odio.  
 Los crímenes del museo.  
 El secreto del mar.  
 Mis labios engañan.  
 No dejes la puerta abierta.  
 Dos noches.  
 La melodía prohibida.  
 El primer derecho de un hijo.  
 Canción de Oriente.  
 La amargura del general Sol.  
 Ven.  
 Boliche.  
 La vida privada de Enri-  
 que VIII.  
 Fra Diavolo.  
 El padrino ideal.  
 El judío errante.  
 El hijo de la parroquia.  
 Letty Lynton.  
 Barrio Chino.  
 Yo, tú y ella.  
 Un ladrón en la alcoba.  
 El antaño de los cantares.  
 La llama eterna.  
 Un hombre de corazón.  
 Sierra de Ronda.  
 El rey de los fósforos.  
 La Cruz y la Espada.  
 El canto del ruiselñor.  
 La mundana.  
 Adiós a las armas.  
 ¡Tú eres mío!  
 Catalina de Rusia.  
 Tempestad al amanecer.  
 Santa.  
 Belleza a la venta.  
 Alalá.  
 La hermana blanca.  
 La Reina Cristina de Sue-  
 cia.  
 Por un solo deslíz.  
 Se ha fugado un preso.  
 El error de los padres.  
 La ciudad de cartón.  
 Honduras de infierno.  
 Doña Francisquita.  
 El café de la marina.  
 El agua en el suelo.  
 Fedora.  
 El boxeador y la dama.  
 Esclavos de la tierra.  
 2 Mujeres y 1 Don Juan.  
 Alma de bailarina.  
 Yo he sido espía.  
 No seas celosa.

Desfile de candilejas.  
 Aves sin rumbo.  
 Simone es así.  
 Pescada en la calle.  
 Una noche en El Cairo.  
 Rosa de medianoche.  
 El rey de la plata.  
 Sobre el cieno.  
 Las sorpresas del coche-  
 cama.  
 Sol en la nieve.  
 Madres de bastidores.  
 La portera de la fábrica.  
 Granaderos del amor.  
 Fanny.  
 Siempre en mi corazón.  
 Tarzán y su compañera.  
 El gato y el violín.  
 Sor Angélica.  
 Judex.  
 Casanova.  
 El primer amor.  
 Eskimo.  
 Un capitán de cosacos.  
 El altar de la moda.  
 La virgen de la roca.  
 La herencia.  
 Madame Du Barry.  
 Sucedió una noche.  
 Hombres en blanco.  
 Fueros humanos.  
 ¡Viva la vida!  
 El negro que tenía el al-  
 ma blanca.  
 Carolina.  
 Cuesta abajo.  
 Solo con su amor.  
 El mundo cambia.  
 Canción de cuna.  
 Paz en la tierra.  
 La dama del boulevard.  
 La hermana San Sulpicio.  
 El signo de la muerte.  
 La dolorosa.  
 Las fronteras del amor.  
 Wonder Bar.  
 La dama de las camelias.  
 La doncella de postín.  
 Caravana.  
 Hombres del mañana.  
 Así ama la mujer.  
 La buena ventura.  
 Nada más que una mujer.  
 Dama por un día.  
 La espía núm. 13.  
 Señora casada necesita

marido.  
 ¡Viva Villa!  
 Busco un millonario.  
 Sinfonías del corazón.  
 El novio de mamá.  
 Mademoiselle Doctor.  
 Las Virgenes de Wimpole-  
 Street.  
 Las mil y dos noches.  
 Al llegar la primavera.  
 Madrid se divorcia.  
 Toda una mujer.  
 Yo canto para ti.  
 Ojos carinosos.  
 Al compás del amor.  
 Espigas de oro.  
 La generalita.  
 Por mal camino.  
 La legión blanca.  
 Cruz Diablo.  
 Lo que los dioses destruy-  
 en.  
 ¿Quién mató a Eva?  
 Fiesta en palacio.  
 Oro y plata.  
 El fantasma del convento.  
 El amor que necesitan las  
 mujeres.  
 Algel del arroyo.  
 Capturados.  
 Ben Hur.  
 Dos amantes.  
 Loshijosdenadis.  
 La Maternal.  
 Los de 14 años.  
 Doy mi amor.  
 Los claveles de la Virgen.  
 Crisis mundial.  
 El explotador de mujeres.  
 Encadenada.  
 Imperio Argentina.  
 El pan nuestro de cada  
 día.  
 Toda corazón.  
 Barreras infranqueables.  
 La bien pagada.  
 El último contrabandista.  
 El niño de las monjas.  
 Por unos ojos negros.  
 Don Quintín, el amargao.  
 El consejero del rey.  
 El brindis de la muerte.  
 Abdul Hamid.  
 La madrecita.  
 Asegure a su mujer.

El juramento de Lagardè-  
 re.  
 El conde de Montecristo.  
 Julieta compra un hijo.  
 La novelade.  
 Carlos Gardel.  
 Nobleza baturra.  
 El velo pintado.  
 Nuestra hijita.  
 Amor de madre.  
 Vivamos de nuevo.  
 Cuando el diablo asoma.  
 Madre Alegría.  
 Rosario la cortijera.  
 Grandes ilusiones.  
 Es mi hombre.  
 Angelina o el honor de un  
 brigadier.  
 Rataplán.  
 La hija del penal.  
 La indómita.  
 La pequeña coronela.  
 El cuervo.  
 No me olvides.  
 Rayo de sol.  
 El cantante de Nápoles.  
 La nave de Satán.  
 La verbena de la paloma.  
 La hija de Juan Simón.  
 La reina del barrio.  
 El secreto de Ana María.  
 La simpática huerfanita.  
 El héroe público n.º 1.  
 Ana Karenina.  
 El 113.  
 David Copperfield.  
 La llamada de la selva.  
 ¡Abajo los hombres!  
 Rosa de Francia.  
 Una chica angelical.  
 Los claveles.  
 Tango-Bar.  
 Amor en maniobras.  
 Ahora y siempre.  
 Marietta, la traviesa.  
 Odette.  
 Nuevas aventuras de Tarzán.  
 Tres lanceros bengalíes.  
 Paloma de mis amores.  
 El sueño de una noche de  
 verano.  
 No más mujeres.  
 Dos fusileros sin bala.

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, conside-  
rada la Biblioteca más amena, selecta e interesante

## PROXIMO NUMERO:

LA SOLICITADISIMA NOVELA

# TIEMPOS MODERNOS

por «CHARLOT»

EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!

## De interés para nuestros suscriptores y lectores

EDICIONES BISTAGNE publicará en esta  
acreditada colección, en exclusiva, la nove-  
lización de la casi absoluta totalidad de  
las producciones nacionales, y adelanta-  
mos algunos títulos a cual más sugestivo:

### La bien pagada

publicada

### El último contrabandista

publicada

### El niño de las monjas

publicada

### Don Quintín el amargao

publicada

### Nobleza baturra

publicada

### Madre alegría

publicada

### Rosario la cortijera

publicada

### Es mi hombre

publicada

### La hija del penal

publicada

### Rataplán

publicada

### La verbena de la paloma

publicada

### La hija de Juan Simón

publicada

### El secreto de Ana María

publicada

### El 113

publicada

### ¡Abajo los hombres!

publicada

### Los claveles

publicada

### Amor en maniobras

publicada

### Paloma de mis amores

publicada

### Currito de la cruz

publicada

### El cura de aldea

### El bailarín y el trabajador

### La señorita de Trevelez

### Morena clara

### ¿Quién me quiere a mí?

### La farándula

### Las tres rosas

### Error judicial

### La papirusa

### La casa de la troya

### La mujer adúltera

### El ruiselñor del convento

### Pecado de Amor

Precio: UNA PESETA

Inmejorable presentación

EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!



**EN PREPARACION:**

LAS DOS EXTRAORDINARIAS  
PRODUCCIONES NACIONALES

## **EL CURA DE ALDEA**

Según la famosa novela de PEREZ ESCRICH  
por **Mary del Carmen y Juan de Orduña**

---

## **MORENA CLARA**

por **Imperio Argentina y Miguel Lígero**

---

**Precio: Una peseta**

---

**¡SIEMPRE LO MEJOR!**



**E. B.**



Cubierta, Imp. M. PELLICER  
Muntaner, 111 - Teléfono 76.32

**Precio: Una peseta**